

Universidad Nacional Autónoma de México

Escuela de Verano

*“Mariano José de Larra,
su Vida y su Obra”*

Tesis

que presenta

Josephine Procopio

Para optar el grado de Maestro en Artes en Español

México, D. F.

1955





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

XN55
P7



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

INDICE

I.-	Introducción	- - - - -	1
II.-	Vida y muerte.	- - - - -	9
III.-	El Periodista	- - - - -	22
IV.-	Larra y España	- - - - -	35
V.-	La sociedad vista por Larra	- - - - -	48
VI.-	Una figura romántica.	- - - - -	60
VII.-	El estilo literario de Larra	- - - - -	69
VIII.-	Larra redivivo	- - - - -	87
IX.-	Bibliografía	- - - - -	98

00312



11 050FLA

INTRODUCCION

Quien se propone estudiar la vida y la obra de Mariano José de Larra se encuentra con varios problemas. Larra escribió de todo. Empezó su obra literaria en 1827 con una oda A la exposición de la industria española. Siguió con otros poemas, la mayoría, como el primero, son versos de circunstancias. Hay una oda Al terremoto de 1829, un soneto Al concierto dado por las bellas de Mantúa en la platería de Martínez para socorro de los desgraciados del terremoto, una oda Al enlace de S. M. el Señor Don -- Fernando VII con la serenísima princesa de las Dos Sicilias, Doña María Cristina de Borbón, una octava Con motivo de hallarse encinta nuestra muy amada reina Doña María Cristina de Borbón, un romance Al Duque de Frías, pidiéndole ser padrino de su boda, También encontramos varios epigramas y letrillas. Afortunadamente, Larra se dió cuenta de que el camino que debía seguir no era el de la poesía. Como nos indica Rumeau, al estudiar la obra poética de Larra, "Le titre de poète avait de nobles et graves résonances au temps du romantisme. Larra l'a toujours désiré. Mais, s'il a d'abord courtisé cuvertement la Muse, il s'est apercu assez vite qu'elle no se rendrait pas. Il a continué a l'aimer en secret, sans espoir." (1)

Numerosas son las traducciones de Larra. Tradujo El dogma de los hombres libres, palabras de un creyente de Lamennais, -- añadiendo "cuatro palabras del traductor". Para el teatro tradujo obras francesas de Scribe, de Ducange y de Delavigne que incluyen Felipe, Roberto Dillón o el católico en Irlanda, Julia, Siempre, Un desafío o dos hora de favor, Las desdichas de un amante dichoso, El arte de conspirar, Partir a tiempo, Tu amor o la muerte, Don Juan de Austria o la vocación. Por regla general estas traducciones iban firmados con el seudónimo Ramón de Arriola, anagrama que contiene todas las letras de su nombre. Larra -

mismo explica esto en una carta en que dice, "Advierto a usted que en punto a traducciones tanto para el teatro como para la prensa me será preciso guardar el más severo secreto y anónimo en las que yo designe, si no, no enviaré ninguna. En las que yo juzgue conveniente pondré mi nombre. Este es toda mi riqueza y es preciso economizarlo". (2)

Al estudiar la obra de Larra hay que poner a un lado estas traducciones que no tienen importancia literaria hoy día ni tampoco Larra las consideraba de valor literario. Larra opinaba - que "no escribe el que sólo traduce". (3) Sin embargo, tenía problemas económicos que podía resolver por medio de las traducciones. "Doce reales me viene a dar por un pliego de imprenta, y el día que no traduzco no como. También suelo traducir para el teatro la primera piececilla, buena o mala, que se me presenta, que lo mismo pagan y cuesta menos; no pongo mi nombre, y ya se puede hundir el teatro a silbidos la noche de la representación". (4) Traducía Larra por necesidad económica pero comprendía lo que valía como escritor. No quería malgastar su nombre; por eso su insistencia en no firmar sus traducciones.

El 29 de abril de 1831 se estrenó en el Teatro de la Cruz-No más mostrador, una comedia de Mariano José de Larra. Cuando más tarde, tres años después del estreno, le tachaban a Larra - el haber hecho pasar por suya una traducción de Scribe, Larra contestó explicando que la obra sí estaba inspirada en Les adieux au comptoir de Scribe pero "apoderéme de la idea, y haciéndola mía por derecho de conquista, escribí el No más mostrador, en cinco actos largos; hice más: habiendo encontrado en Scribe dos o tres escenas que desconfié de escribir mejor, las aproveché, - llevado también por la poca importancia que en mi cuadro iban a tener. Yo no sé si estose puede hacer, lo que sé es que yo lo he hecho. Dióse la comedia en cinco actos, traducida literal--

mente, según el amigo de la verdad, de la comedia en un acto, y tuvo la buena suerte de agradar". Y añadió Larra "tendré - mi comedia por mía y por original, a pesar de las escenas que - he creído deber y poder robar a Scribe. Es de advertir que -- siempre que escriba sobre un asunto que haya tratado otro es-- critor, el cual yo me crea inferior, pienso hacer otro tanto y seguir llamando original a lo que de aquí resulte." En el mis-- mo artículo Larra le dió las gracias al que se firmaba "amigo de la verdad" porque "todo el daño que de su artículo puede re-- sultarme es que, picado por él, emplee todos mis esfuerzos en-- hacer otra cosa mejor y en que no haya un solo renglón de Scri-- be." (5) Efectivamente, seis meses más tarde, el 24 de septiem-- bre de 1834, en el Teatro del Príncipe apareció Macías, una -- obra original de Larra sin "un solo renglón de Scribe". Del -- mismo año es su novela El doncel de don Enrique el doliente, - una "novela caballeresca del siglo XV". Las dos obras giran - sobre los mismos personajes pero el argumento y el desenlace - son completamente distintos.

En la obra de Larra hay de todo--versos de circunstancias, novela, teatro, traducciones, incluso un tratado de sinónimos, pero lo principal de su obra queda en sus artículos. Es una-- obra bastante voluminosa sobre todo por ser de un escritor que se suicidó antes de cumplir los veintiocho años. Pero hay que reconocer que no toda la obra de Larra tiene el mismo valor. - Aún Larra se dió cuenta de esto al publicar su primer colee-- ción de artículos en 1835 cuando excluyó de esta colección su-- obra anterior al Pobrecito Hablador. Son los artículos de La-- rra lo que le han dado fama de escritor genial. En esto están de acuerdo casi todos los que han estudiado la obra de Larra - Enrique Piñeyro, José Manuel Blecua, Azorín, Antonio Espina, - Angel del Río, Valbuena Prat. Por eso creemos que es justo al-- querer juzgar la obra de Larra dedicarnos al Larra periodista.

A Azorín le interesa el periodista. Nos lo señala en el prólogo de los Artículos de costumbres de Larra. "Ni teatro ni novela señalan el paso de Larra por la literatura. Lo definitivo--lo que se supone que lo es-- se cambia aquí en lo efímero, y lo efímero --el artículo diario-- se convierte en lo definitivo. La sensibilidad de Larra evoluciona dentro y a lo largo de esas hojas cotidianas y volanderas". (6) Nos lo repite Antonio Espina en las frases siguientes. "Si Larra no hubiese escrito más que su novela El doncel de don Enrique el doliente, su débil teatro y sus versos--aquellas odas que el diablo le tentó a escribir--, no nos acordaríamos, a estas fechas, de su nombre. Pero hizo -- artículos....." (7) Encontramos la misma idea en esta cita de Enrique Piñeyro. "Larra gastó lo mejor de su ingenio improvisando de un día para otro artículos de periódico, en los cuales sin embargo se funda la importancia de sus obras ante la posteridad! La labor principal de Larra fué periodística; de eso no cabe duda.

Larra es un hombre de pasiones. O ama u odia. Nunca hallamos en Larra la indiferencia. Así es Larra; así es su obra. Además así tratan los críticos a Larra, con odio o con amor. Los que han estudiado a Larra han demostrado cuán difícil es estudiarle imparcialmente, sobre todo cuando se trata del hombre. Hay unos, como Melchor de Almagro San Martín, que en todo quieren -- ver un hombre malvado. Para Almagro San Martín el suicidio de Larra es "absurdo" porque "nadie se enferma de pena". Además no tiene razón Larra al mostrarse tan "lugubre" porque "su vida, -- hasta entonces, ha sido un largo rosario de éxitos. El joven -- sin fortuna ni cuna ilustre ha logrado posición económica desahogada, amistades eminentes, entrada en círculos sociales muy superiores a su clase, influencia política, renombre, popularidad; se ha casado con la mujer amada, que es una excelente muchacha --

que le ha dado unos hijos sanos y encantadores." (9) Al hablar del amor de Larra por Dolores Armijo dice el mismo crítico, "Si Larra, en vez de ser un redomado egoísta, hubiera sentido un poco de cariño altruísta, de amor verdadero a Dolores, hubiese -- comprendido que ella tenía razón. Era caso de devolverse las -- cartas mutuamente y punto final. Pero si de tal modo hubiese -- obrado Larra, habría dejado, es verdad, de ser el Fígaro atrabiliario y mala persona que todos conocen". (10) Sigue atacando a Larra por "el abandono conyugal en que tiene a la infeliz Pepita a quien ha dejado con sus hijos y socorre parsimoniosamente, --- mientras él se pavonea en salones y tratos o viaja por el extranjero, con un fausto de que se alaba en sus cartas." (11) En las citas anteriores se ve la falta de conocimiento que tiene el crítico de algunos aspectos de la vida de Larra. Cuando Larra em--prendió su viaje al extranjero en 1835, dejó a sus dos hijos, -- Adela y Luis, quienes vivían con él, en casa de sus padres en -- Navalcarnero. La hija que vivía con Pepita Wetoret era la menor, Baldomera, nacida después de que se separó Pepita de Larra. También es patente el odio que le tiene el crítico a Larra.

Son más los críticos que sienten por Larra y por su obra un amor tan exagerado que se creen obligados a defenderlo en todo.-- Son los que, al tratar la vida amorosa de Larra, sólo ven en Larra el víctima de dos mujeres, su esposa, Pepita Wetoret y su -- amante, Dolores Armijo de Cambronero. Dolores es "una coqueta -- sin corazón" o es Pepita la que tiene la culpa de todo porque, -- en cuanto a Larra, "es un alma buena y sabe que está pecando. El hace un intento desesperado por romper la cárcel de su vida con una confesión sin reservas, postrada el alma necesitada de amparo ante la esposa. Le cuenta su remordimiento, sus penas, la obsesión de su amor culpable como una maldición en su frente. Si-

Pepita tuviera alma generosa, si fuera inteligente, se percataría del valor de esta prosternación de un espíritu orgulloso y sensible como el de Larra. No se da cuenta de la gracia que supone tener a los pies un ser arrepentido y que, además es un genio..... Las dramáticas llamadas de socorro de Fígaro no pueden ser escuchadas por esta pobre Pepita, que tiene los oídos sordos de vulgaridad. Y en vez de piedad y ternura, en vez de unirse a él en carne y alma para dar batalla al gran enemigo, se le despierta la soberbia de los mediocres, la pécetra incomprensión de los que no son nada." (12)

Hasta en Carmen de Burgos, quien ha hecho un estudio magnífico de Fígaro, aparece de vez en cuando el mismo defecto. Cita un párrafo de Ferrer del Río en que menciona que Larra jugaba una noche al billar con un amigo suyo. Entraron otras personas en el salón y Larra quiso dejar de jugar pero su amigo insistió en que acabaran el juego. Perdió Larra. Al salir Larra "apostrofaba a su amigo con voz iracunda reconviniéndole por haber abusado de su paciencia". Carmen de Burgos tampoco aguanta que hablen mal de Fígaro. Ella explica, "Cuando hay un prejuicio todos los datos contribuyen a probarlo. ¿No es muy humano el enfado de Larra, contra el mal amigo que quiso lucirse a su costa? Que Larra no supiese jugar bien al billar me parece un mérito suyo. Es natural que conociendo su falta de habilidad en este juego sólo se atreviese, como broma o entretenimiento, a jugar delante de un amigo. Que éste le obligase, sabiendo que su triunfo era seguro y conociendo su superioridad sobre él--en algo había de tenerla--es un hecho que debió excitar con razón la cólera de Larra. Cortés y educado accedió y se sacrificó a hacer lo que se le exigía, pero luego con nobleza y sinceridad se quejó al mal amigo que intentaba ponerlo en ridículo." (13) Carmen de Burgos incurre aquí-

en la misma falta de que culpa a los demás.

Esta exageración en torno a Larra complica el estudio de su obra. Larra se preguntaba "¿Dónde está la España?" Nosotros -- nos preguntamos ¿Dónde está Larra? Cada crítico nos presenta su Larra pero ¿dónde está el verdadero Larra? A Larra hay que defenderle de sus biógrafos, de sus enemigos y quizás, aún más, de sus amigos.

Querer ver en Larra al "super hombre" es fracasar porque -- Larra es sobre todo un ser humano, demasiado humano y sensible. En esto estriba parte de su tragedia. Si hubiese sido el ser -- frío, intelectual que unos ven, o el afrancesado que otros retratan, el hombre odioso que unos se imaginan, o el ser perfecto -- que otros pintan, no habría existido en su vida tanta tragedia. Larra, observa, analiza, y sufre precisamente por ser tan humano. Es un hombre con sus vicios y sus virtudes, sus sueños y sus pesadillas, de cabeza y de corazón, que se ve retratado en esa sociedad que pinta y critica. Quisiera huir de la sociedad para -- poder huir de sí mismo pero--otra tragedia--no puede prescindir-- de ella. La odia pero la necesita.

El propósito de este trabajo es estudiar la vida y la obra de Larra. Hay que estudiar las dos cosas juntas porque en Larra, más que en ningún otro autor, es difícil separar al hombre de su obra. Larra se comprende mejor por medio de su obra; su obra se comprende mejor conociendo su vida. Separarlos sería mutilarlos.

NOTAS

- 1.- André Rumeau, Larra, poéte, p. 510.
- 2.- Carmen de Burgos, Fíguro, p. 80.
- 3.- Larra, Artículos de crítica literaria, p. 30.
- 4.- Ibid., p. 22.
- 5.- Larra, Artículos completos, p. 436.
- 6.- Azorín, Artículos de costumbre de Larra, prólogo, p. 10.
- 7.- Antonio Espina, Ganivet, el hombre y la obra, p. 73.
- 8.- Enrique Piñeyro, El romanticismo en España, p. 2.
- 9.- Melchor de Almagro San Martín, Artículos completos de Larra, prólogo, p. LXXXVIII.
- 10.- Ibid., p. XCII.
- 11.- Ibid., p. LXXVII.
- 12.- Rafael Bautista Moreno, Larra, p. 233.
- 13.- Carmen de Burgos, op. cit., p. 49.

VIDA Y MUERTE

Según el biznieto de Larra, Fernando José de Larra, quien ha escrito la Biografía apasionada del doliente de España, no es justo meterse tanto en la vida de Larra. Afirma que "sólo debe alzarse la cortina de las habitaciones íntimas cuando con su contemplación puede lograrse la explicación del pensamiento o el enaltecimiento de la figura." Critica ese "afán malsano de buscar en otras cosas que sólo sirve para presentar a Cervantes como un administrador infiel, a Lope como un amigo felón o a Larra como un padre descuidado" y censura el "afán malsano de exaltar lo reprobable". (1) Nos metemos en la vida de Larra no para exaltar lo reprobable sino para comprender mejor al hombre y su obra, seguros de que la clave ha de hallarse en su vida y en su muerte. Tampoco queremos enaltecer la figura de Larra; nos interesa más comprenderla.

Nació Mariano José de Larra el 24 de marzo de 1809 en Madrid en la antigua Casa de la Moneda en la calle de Segovia. Fué bautizado el mismo día en la Parroquia de Santa María la Real de la Almudena. Larra nació cuando más ardía la lucha, el odio y el desprecio entre los afrancesados y los que se sentían españoles "hasta los tuétanos" y se creían obligados a demostrarlo despreciando todo lo extranjero. Esta lucha nacional se vió reflejada en la familia de Larra. Su abuelo, don Antonio Crispín de Larra, quien tenía el cargo de administrador de la Casa de la Moneda, odiaba a muerte a los franceses y aún más a los afrancesados. Es fácil entender lo que sentiría don Antonio al averiguar que uno de sus hijos, Mariano de Larra, había aceptado una plaza de médico en el ejército de José Bonaparte o como él lo llamaría desdeñosamente Pepe Botellas o el Rey Plazuelas. Según don Antonio, su hijo había deshonrado toda la familia y, lo que era imperdonable,

había, al mismo tiempo, traicionado a su patria. Su hijo menor Antonio había perdido la vida combatiendo contra los franceses. En cambio, Mariano, en vez de vengar la muerte de su hermano, se había unido a los asesinos que anhelaban la muerte de toda España. Sin duda alguna don Antonio estaría de acuerdo con Fernando José de Larra quien siempre defiende a Fígaro pero censura a su padre Mariano y al mencionarlo lo llama "el garbanzo negro de la olla".

Con ideas políticas tan opuestas a las de su padre, Mariano de Larra no tuvo más remedio que mudar de casa. Era imposible -- que dos hombres tan distintos y tan fanáticos vivieran en la misma casa. Pero la esposa de Mariano, doña María de los Dolores -- Sánchez de Castro, y su hijo, que a la sazón apenas tenía un año, siguieron habitando la Casa de la Moneda hasta 1813 cuando padre, madre e hijo huyeron juntos de España siguiendo al derrotado ejército francés. En ese convoy de evacuación iba también otro niño -- que más tarde iba a alcanzar tanta fama, Víctor Hugo, hijo del general Hugo, quien había sido comandante militar de Madrid.

Mariano José de Larra pasó la gran parte de su estancia en -- Francia internado en un colegio de Burdeos. En Francia el padre -- de Fígaro se vió colmado de favores y honores pero, a pesar de es -- to, no dejó de ser nunca un español desterrado. Las condecoracio -- nes, el dinero, la fama no bastaban para quitarle el anhelo que -- sentía de volver a pisar el suelo español. Por eso, cuando Fer -- nando VII firmó la amnistía en 1818, Mariano de Larra no vaciló -- en dejar la vida cómoda que llevaba en París. No sabía qué clase -- de vida le esperaba en España. Sin embargo, se apresuró a regre -- sar a España con su familia a rehacer su vida como español.

En España Mariano José de Larra asistió a varias escuelas, -- las Escuelas Pías de San Antonio Abad, el Colegio Imperial de la -- Compañía de Jesús, la Universidad de Valladolid y los Reales Estu

dios de San Isidro. En 1825 Larra dejó de estudiar leyes en la Universidad de Valladolid para separarse de su familia e irse a Madrid a hacer su propia vida. Pocos años después, en 1828, ya empezaba a destacarse en Madrid la figura de Larra como periodista con la publicación del Duende Satírico del Día. Llegó a formar parte del célebre Parnasillo con otras figuras importantes de la época, Espronceda, Bretón de los Herreros, Estébanez Calderón, Ferrer del Río, Mesonero Romanos, Ventura de la Vega, Grimaldi. Fué Juan Aquiles Grimaldi, director de la empresa Rebollo que administraba los teatros de Madrid, quien, en una de estas reuniones del Parnasillo propuso que Larra tomara el seudónimo de Fígaro.

En 1829 Larra se enamoró de Josefa Anacleta Wetoret, "una joven bellísima; el tipo de madrileña; muy menudita, muy frágil, de facciones correctas, ojos cándidos, boca inocente". (2) A pesar de la oposición de los padres de Larra, se celebró la boda el 13 de agosto de 1829 en la Iglesia de San Sebastián actuando de testigos el duque de Frías y el dramaturgo Manuel Bretón de los Herreros. La historia ha comprobado que tenían razón los padres de Larra al oponerse al casamiento. Contrariedades y dificultades económicas caracterizan el enlace de Larra y Pepita Wetoret quienes acabaron por separarse a fines de 1833 o a principios de 1834.

Al año siguiente de casarse Larra conoció a la mujer que en una biografía de Larra verdaderamente se puede llamar fatal, Dolores Armijo de Cambronero. Ni los pintores ni los fotógrafos de la época dejaron retratos de Dolores Armijo. Le tocó al periodista hacerlo. Dolores le sirvió de modelo al enamorado Larra para su Elvira, heroína del Doncel de don Enrique el doliente. Este es el retrato que nos ha dejado:

"Tez blanca y más suave a la vista que la misma seda, estatura ni alta ni pequeña, pie proporcionado a sus dimensiones, gar--

ganta disculpa del atrevimiento, y fisonomía llena de alma y de expresión. Su cabello brillaba como el ébano; sus ojos, sin ser negros, tenían toda la expresión y fiereza de tales; sus demás --facciones, más que por una extraordinaria pulidez, se distinguían por su regularidad y sus proporciones marcadas y eran las que un dibujante llamaría en el día académicas o de estudio. Sus labios algo gruesos daban a su boca cierta expresión amorosa y de voluptuosidad, a que nunca pueden pretender los labios delgados y sutiles; y sus sonrisas frecuentes, llenas de encanto y de dulzura, manifestaban que no ignoraba cuanto valor tenían las dos filas de blancos y menudos dientes, que en cada una de ellas francamente descubría. Cierta suave palidez, indicio de que su alma había sentido ya los primeros tiros del pesar y de la tristeza, al paso que hacía resaltar sus vagas sonrisas, interesaba y rendía a todo el que tenía la desgracia de verla una vez para su eterno --tormento." (3)

Y, en efecto, Dolores fué "el eterno tormento" de Larra.

Entretanto, en la vida literaria de Larra habían fallecido -- el Duende Satírico, el Pobrecito Hablador y el bachiller don --- Juan Pérez de Munguía. Pero había nacido el que estaba destinado a opacar a todos--Fígaro.

También tuvieron sus contrariedades Fígaro y Dolores Armijo. El desdichado Fígaro buscaba la felicidad por todas partes. La -- encontraba por un instante. Trataba de retenerla pero la felicidad no se quedaba mucho rato a su lado. Siempre se le escapaba. Esto le pasó con Pepita Wetoret; le sucedió lo mismo con Dolores -- Armijo. En 1835 ni Dolores ni Fígaro estaba en Madrid. Dolores -- se había ido a Avila, o por voluntad propia o por insistencia de su esposo cansado de tanto escándalo, a vivir en casa de su tío -- Alfonso Carrero. Fígaro, desesperado, emprendió un viaje al ex-- tranjero. En abril de 1835 salió de Badajoz para Lisboa donde per-- maneció veinte días. En mayo ya estaba en Londres quejándose de -- cuán cara era la vida en esa capital. "En Lisboa me hartaba de --

ostras, mariscos y buenos vinos por un duro a la comida; aquí -- viene a costar un duro cada plato y cada sorbo de vino; ir al -- teatro es como hacerse un frac en Madrid, y se paga a todo inglés que le mire usted a la cara." (4)

De Londres Larra pasó a Bélgica a cobrar una deuda de once-mil francos que el barón de St. Marz le debía a su padre. En ju- nio llegó a París. Ni el viaje ni el trabajo a que se había de- dicado--traducciones de obras francesas, escribir el texto para- un Viaje pintoresco por España que se iba a publicar en Francia-- habían servido para distraerle. Regresó a España a fines de 1835 tan desesperado, tan enamorado de Dolores Armijo como lo estaba a su salida en abril. En ocho meses de ausencia de España no ha-- bía logrado olvidarla. Al contrario, al regresar a España su -- primera preocupación fué Dolores. Hizo todo lo posible por ver- la de nuevo. En febrero de 1836 salió para Avila con el pretext- to de estudiar el arte. Su viaje fué inútil como lo demuestra - la carta siguiente escrita en Avila por Larra y dirigida al tío- de Dolores. Le falló a Larra su pretexto. Todos comprendían a- qué había ido a Avila. No tuvo más remedio que aceptar su fra- caso.

"Muy señor mío y de mi mayor aprecio. Por el amigo Acilu he sabido, con gran sentimiento mío, que mi viaje y la falta de ex- plicación entre nosotros ha podido turbar el reposo de su fami-- lia.

Eso me es muy doloroso: desde el acontecimiento desgraciado que reunió a su familia de usted a una persona demasiado aprecia- ble a mis ojos, procuré que mi conducta fuese lo más delicada -- posible; al pasar por Badajoz no tuve otra causa que esa misma - delicadeza para no usar siquiera de sus ofrecimientos y cortesía. Tanto en aquella ocasión como en ésta, en que un objeto artísti- co me ha traído a Avila (como me llevará sucesivamente a otros - puntos de la Península), cuidé mucho de no dar lugar a la menor- queja de parte de usted, y por más violencia que me haya costado y que me cueste ni he desmentido ni desmentiré nunca el respeto-

que profeso a usted y a otra persona que me es haño cara.

Dando ya por concluidas y aun olvidadas relaciones de tan -- triste recuerdo, creí que la conducta mía bastaba para tranquilizar a todos; pero puesto que me he equivocado, y puesto que la pequeñez de este pueblo le parece a usted un motivo más de cautela, que en poblaciones más grandes no existiría, no tengo el menor inconveniente en avistarme con usted y las personas de su familia -- que juzgue conveniente para convenir amistosamente en los medios -- que por mi parte pueda poner para evitar a usted en lo sucesivo -- nuevas inquietudes.

Tengo, señor de Carrero, muy buen concepto formado de usted -- y de su buen talento, y háyase portado conmigo su sobrina como se haya portado, haya dado o no oídos a calumnias, su memoria me es demasiado grata para que yo dude ni un solo momento en hacer por su tranquilidad el sacrificio de mi ausencia, si ésta puede serle necesaria, por más que usted convenga conmigo en el poco derecho -- que a nadie le asiste para exigirlo de mí". (5)

Larra se sacrificó; volvió a Madrid sin haber visto a Dolores. Cumplió lo que había ofrecido en la carta a Alfonso Carrero, hacer por la tranquilidad de Dolores y su familia el sacrificio -- de su ausencia.

Decepcionado, sin esperanzas de reanudar sus relaciones con Dolores Armijo, Larra se fué a Madrid. El mismo año Avila volvió a hacer un papel importante en la vida de Larra. Pero esta vez -- no se trataba de amor; se trataba de política. En los primeros -- días de agosto de 1836 Larra fué elegido diputado de Avila a las Cortes. El doce del mismo mes estalló el motín de los sargentos -- en la Granja. El día veintitrés se anularon las elecciones. "Larra dejaba de ser diputado sin haberlo sido." (6) En Avila se -- repetía la mala suerte de Larra. Le perseguía en sus aspiracio-- nes amorosas y también en sus aspiraciones políticas.

Mariano José de Larra quiso refugiarse en el amor; el amor le

rechazó. Quiso refugiarse en la política; la política tampoco -- le acogió. A Larra le quedaba un último refugio, la muerte.

El trece de febrero de 1837. Amaneció un día que le trajo a Larra nuevas esperanzas. Acababa de recibir una carta de Dolores. Consentía en verle. Comprendemos la alegría de Larra quien se -- apresuró a contestar la carta. ¡Con cuánta emoción habrá escrito esa carta a Dolores! "He recibido tu carta. Gracias: gracias por todo. Me parece que si piensan ustedes venir, tu amiga y tú, esta noche, hablaríamos y acaso sería posible convenirnos. En este momento no sé que hacer. Estoy aburrido y no puedo resistir a la calumnia y a la infamia. Tuyo." (7) Esta carta, tan sencilla la escribía un hombre en quien acababa de renacer la esperanza y el deseo de vivir, un hombre tan conmovido que apenas encontraba palabras para expresarse. Nunca antes le habían faltado palabras a Larra. Después tampoco. Iba a ser la última carta de Larra.

Una vez escrita la carta a Dolores, Larra no sabía cómo pasar el día para que llegara más pronto la noche y la entrevista con Dolores. No aguantaba quedarse solo en casa. Salió. Se dedicó a hacer varias cosas que no le podían interesar mucho al que en el momento tenía el pensamiento lleno de Dolores Armijo. Fué a hablar con su editor Delgado. De allí fué a ver a Mesonero Romanos. Hablaron de proyectos y Larra le propuso la colaboración en un drama sobre Quevedo que pensaba escribir. Todavía faltaba mucho para que llegara Dolores. Larra pasó a visitar a su esposa. Hacía tiempo que Pepita estaba enferma y Larra solía ir a verla. Después se encaminó hacia su casa a esperar a Dolores y la amiga que iba a acompañarla. Dieron las ocho. Dos mujeres llamaron a la puerta de una casa en la calle de Santa Clara. Adentro esperaba Larra lleno de esperanzas que no tardaron en desvanecerse. Dolores no había venido a ver a Larra, ni para pedir ni dar explicaciones, ni mucho menos para escuchar sus súplicas. Su propósito era muy sencillo. Había venido a entregarle sus cartas y a pedirle que le devolviera las suyas. En ese momento Larra habrá

pensado lo mismo que Macías. "Es imposible que no me améis. No se ama nunca con este amor que me abrasa, para no ser correspondido." (8) Por eso trató de convencer a Dolores Armijo pero pronto comprendió Larra como Macías que sí era posible amar sin ser correspondido. Entendió que todo había terminado--sus relaciones con Dolores y su vida, las dos cosas juntas, porque si Larra hubiese escrito su Tratado de sinónimos el día trece de febrero de 1837, habría puesto como sinónimo de la palabra "vida" el nombre "Dolores Armijo". No se imaginaba la vida sin ella. El Larra -- que le entregó las cartas a Dolores era un hombre medio muerto. Poco después salieron las dos mujeres. Se perdieron entre las máscaras de la calle. Era lunes de carnaval. Dentro de la casa de la calle de Santa Clara, número tres, se oyó una detonación. Larra se había suicidado, disparándose un tiro en la sien. Fué Adela, su hija predilecta, la que le encontró. Al entrar Adela en el despacho vió a su padre tendido debajo de la mesa. Sobre la mesa había un ejemplar abierto de Macías que quedó manchado con la sangre del suicida. Ese drama en que Larra había vertido parte de su pasión por Dolores al contar el malogrado amor entre el trovador Macías y Elvira fué testigo de su muerte. Mariano José de Larra no llegó a cumplir los veintiocho años.

Interesantísimas son las notas que aparecieron en los periódicos españoles días después de que España había perdido uno de sus mejores escritores. Lo interesante de estas notas no es tanto lo que contaron sino lo que dejaron de contar. En todas las notas se entreve la tragedia personal de Larra pero ningún periódico se atrevió a apuntar todos los datos. No cabe duda de que el suicidio de Larra causó sensación en España. Si se hubiera tratado solamente de Mariano José de Larra, habría sido poca cosa, un suicidio más, pero se trataba de Fígaro, una figura tan conocida en España. Todo el mundo conocía a Fígaro. Unos le admiraban otros le tenían miedo, otros le odiaban pero todos le conocían.

El Patriota Liberal publicó la nota siguiente. "Tenemos el sentimiento de anunciar a nuestros lectores el prematuro y desgraciado término que puso a sus días el joven literato don Mariano José de Larra, conocido del público por sus graciosos artículos, a los que solía suscribir con el nombre de Fígaro. Consideramos este suceso como una pérdida de difícil reparación para la literatura española. Cuando tengamos pormenores positivos sobre este fatal acontecimiento, los transmitiremos a nuestros lectores; pues lo que hay de cierto hasta ahora es que en la noche de anteayer un arrebató a que no parecen extraños los celos, le ha conducido al acto de desesperación que deploramos." (9)

Otro periódico El Eco del Comercio mencionó en una nota el suicidio de "nuestro distinguido escritor don Mariano José de Larra, bien conocido en el mundo literario por sus muchas y preciosas producciones" pero tampoco explicó lo que había pasado porque "no nos atrevemos por delicadeza, a manifestar la causa que ha motivado esta catástrofe". (10)

La Gaceta tardó casi tres semanas en publicar una necrología de Larra. Al fin el cuatro de marzo apareció un artículo que parece haber sido escrito para atacar al suicida y sus ideas. La notacensuraba a Fígaro quien "terminó su vida cometiendo un crimen, destruyendo su propia existencia". La causa del suicidio, según la Gaceta, se hallaba en "ideas exageradas o una fantasía acalorada, llevaron a Larra al sepulcro, que abrió con sus propias manos sin acordarse de que su vida no era suya, que debía consagrarla a su patria y a sus hijos que su ejemplo sería tal vez pernicioso a esa sociedad, no tan estúpida ni tan corrompida como se pretende, y en la que aun brillan virtudes y sentimientos nobles a la par de acciones desinteresadas. ¿Será así como pretendía corregir los vicios? ¿Así como quiso demostrar la exactitud de sus doctrinas? Por fortuna, esa sociedad que se calumnia, que se llama estúpida y corrompida, no está tan desprovista de ilus--

tración y de virtud, que no se aparte de un ejemplo vivo de demencia, ni deje de reprobarnos altamente un acto que, si mueve a compasión, causa también horror y estremece a la naturaleza."(11)

Llegó la noticia de la muerte de Larra hasta Francia. Pero al pasar los Pirineos los datos cambiaron y resultó una nota llena de mentiras y de fantasía que se publicó en la Revue Britannique.

"En fin, sería injusto pasar en silencio al infortunado Vega imitador de Scribe, de quien ha popularizado las creaciones en la escena española. En el número de sus pequeñas comedias, la mayor parte tomadas del teatro francés, se destaca, sobre todo, una que tiene por título Marcela o ¿A cuál de los tres? Este espiritual - escritor que firmaba sus folletones con el seudónimo de Fígaro, - ha parecido recientemente de una manera trágica. Irritado por el desdén de la joven reina, a la cual había dirigido muchas cartas para declararle su pasión, provocó en duelo al favorito Muñoz, -- que guardó también silencio. El poeta no pudo soportar tantos ultrajes y se suicidó, teniendo el retrato de la reina apretado sobre su corazón." (12)

El autor de esta nota, que no carece de interés pero sí de autenticidad, habrá tenido motivo de vengarse de los literatos españoles. En España el suicida fué uno, Fígaro, pero al llegar a Francia se multiplicaron y resultaron ser tres, Fígaro, Ventura de la Vega y Manuel Bretón de los Herreros. Se juntaron en Larra, Fígaro, "el de los folletones", Vega, "imitador de Scribe", y Bretón de los Herreros, autor de Marcela. Así del modo más fácil -- del mundo, sin derramar ni una gota de sangre española, es decir, a golpe de pluma, el autor de la nota mató a dos escritores más. Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega ni se dieron cuenta de que yacían muertos en el número de marzo de 1837 de la Revue Britannique y siguieron viviendo y escribiendo.

Los contemporáneos de Larra le recordaron unos por sus artículos, otros por su suicidio y muchos más por su entierro, un entierro que llegó a tener mucha fama y que ha sido descrito por Mesonero Romanos en sus Memorias de un setentón y por José Zorrilla en sus Recuerdos del tiempo viejo. El quince de febrero de 1837--fué enterrado Larra en el cementerio de Fuencarral. El coche fúnebre en que iban sus restos estaba cubierto de coronas y además de ejemplares encuadernados de sus obras. Acompañaban el féretro los hombres principales de la época--ministros, escritores, periodistas, editores, actores. Entre ellos iban Martínez de la Rosa, García Gutiérrez, Mesonero Romanos, Bretón de los Herreros, Hartzenbusch, Grimaldi, Delgado, Romea, Latorre. Los amigos de Larra habían costeadado el entierro y públicamente le hacían un homenaje al suicida. En el cementerio se pronunciaron varios discursos -- que pronto pasaron al olvido. Después un joven poeta, desconocido todavía, se puso a leer en voz temblorosa un poema dedicado a la memoria de Larra.

Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana;
vano remedo de postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.....

El poeta, al llegar a la mitad de su poema se conmovió tanto--no por Larra sino porque se daba cuenta del efecto que producía--que no pudo seguir recitando y otro tuvo que terminar la lectura. Acababan de enterrar a Larra. Al mismo tiempo acababa de nacer un poeta. Del entierro de Larra surgió José Zorrilla.

Al derribarse el cementerio de Fuencarral los restos de Larra fueron cambiados al cementerio de San Nicolás. A principios del --siglo veinte se trasladaron junto con los restos de Espronceda y --Rosales al cementerio de San Justo. Afortunadamente, Fígaro no --había muerto para siempre. Si sus contemporáneos pronto le olvidaron, otros supieron resucitarle.

Falta página

N° 20

NOTAS

- 1.- Fernando José de Larra, Biografía apasionada del doliente de España, p. IV.
- 2.- Carmen de Burgos, Fíguro, p. 53.
- 3.- Larra, El doncel de don Enrique el doliente. p. 28.
- 4.- Carmen de Burgos, op. cit., p. 176.
- 5.- Ibid., p. 213.
- 6.- Azorín, Rivas y Larra, p. 166.
- 7.- Carmen de Burgos, op. cit., p. 242.
- 8.- Larra, op. cit., p. 170.
- 9.- Azorín, op. cit., p. 123.
- 10.- Ibid., p. 124.
- 11.- Ibid., p. 129.
- 12.- Ibid., p. 130.

EL PERIODISTA

Como ya hemos indicado en la introducción el verdadero Larra --el que nos interesa por su valor literario, el que algunos quisieron enterrar pero que no quiso morir, el que sigue viviendo y--censurando la humanidad hasta la fecha-- hay que buscarlo en sus artículos. Es el periodista quien más nos interesa en este estudio por ser el periodista quien más influencia tuvo a principios del siglo XIX y quien aún hoy día sigue con la misma vitalidad de hace más de cien años--cosa extraña y notable porque por regla general el artículo de periódico, firmado o sin firmar, muy rara --vez llega a tener trascendencia. Casi nunca vive más de un día.

En un artículo intitulado Literatura, rápida ojeada sobre --la historia e índole de la nuestra Larra nos explica por qué dedicó la gran parte de sus fuerzas al periodismo. Según él, "la literatura es la expresión, el termómetro verdadero del estado de --la civilización de un pueblo. Ni somos de aquellos que piensan,--con los extranjeros, que al concluir nuestro siglo de oro expiró--en España la afición a las bellas letras. Sí pensamos que, aún --en la época de su apogeo, nuestra literatura había tenido un ca--rácter particular, el cual, o había de variar con la marcha de --los tiempos, o había de ser su propia muerte....." (1) El tiempo pasa. Los pueblos cambian. No pueden estacionarse. Al mismo --tiempo tienen que cambiar los hombres, las costumbres, las ideas, la lengua que sirve para expresar estas ideas nuevas y la literatura. Sigue Larra diciendo, "Quisiéramos, sin ir más lejos en la cuestión, ver al mismo Cervantes en el día, forzado a dar al pú--blico un artículo de periódico acerca de la elección directa, de la responsabilidad ministerial, del crédito o del juego de bolsa, y en él quisiéramos leer la lengua de Cervantes. Y no se nos diga que el sublime ingenio no hubiera descendido a semejantes pe--queñeces, porque esas pequeñeces forman nuestra existencia de aho

ra, como constituían la de entonces las comedias de capa y espada; y porque Cervantes, que las escribía, para vivir, cuando no se escribían sino comedias de capa y espada, escribiría, para vivir -- también, artículos de periódico, hoy que no se escriben sino artículos de periódico". (2) A Larra le tocó vivir en una época de - periodismo. Fiel a su definición de lo que debe ser la literatura de un pueblo fué periodista. Pero no se puede negar que Larra con maestría e ingenio logró lo que ningún otro escritor contemporáneo suyo pudo lograr, elevar "esas pequeñeces" y expresar con ellas toda su tragedia y la de su época. En Larra las pequeñeces dejan de ser insignificantes; nos asombran por su grandeza.

Al estudiar detenidamente los artículos completos de Larra, - no se puede menos de notar cierta desigualdad. Se encuentran muchas obras maestras que demuestran ese gran talento de Larra que ya hemos anotado. En cambio, hay otros mediocres y unos que no pasan de cursis. Tenemos que reconocer que el talento de Larra - no se percibe en algunos artículos. Sin embargo, hay que ser justo en lo que se refiere a este aspecto de la obra de Larra. Hay que recordar que el periodista se encuentra en una situación bastante molesta a veces. Tiene el compromiso de entregar cierto número de artículos al periódico o de llenar cierto número de columnas o de escribir sobre un tema escogido por otro. "¿Tan fácil les parece a vuestras mercedes hinchar un perro?, decía el loco de Cervantes. Y ¿tan fácil les parece a vuestras mercedes hinchar dos columnas de la Revista todos los domingos?, puedo decir yo, - con más razón." (3) Esto lo dice Larra con amargura, quejándose del compromiso que no le deja escribir a gusto, que le obliga a sacar esos artículos que no llevan en sí el sello de la personalidad de Fígaro, y, por consiguiente, artículos que resultan ser mediocres.

Quizá el juez más imparcial de la obra de Larra ha sido el -

autor mismo. Al publicar la primera colección de sus artículos en 1835, Larra excluyó algunos, entre ellos, todos los artículos anteriores al Pobrecito Hablador. No publicó sus artículos completos. Larra comprendía el valor de su obra. Apreciaba también el valor de su nombre y por eso, prefería no desperdiciarlo. Crítico severo de su propia obra, se daba cuenta de que había escrito algunos artículos que, si en el momento de publicarse habían tenido cierto valor, al pasar el momento habían dejado de tenerlo. Esos artículos ya no merecían su firma. En la introducción a su colección de artículos Larra escribió, "La precipitación con que se escribe en un periódico y la influencia que ejercen las circunstancias en los redactores y en los lectores, son causa de que no pocas veces adquieran cierta efímera aceptación, en el momento de ver la luz, algunos artículos, que, examinados detenidamente a sangre fría algún tiempo después, mal pudieran resistir la crítica más indulgente. Por eso he desechado sin piedad varios de aquellos mismos que habían parecido agradar, y que en el día ni aun a mí mismo me agradan ya". (4)

Al releer la cita anterior no podemos menos de pensar que si Larra hubiera editado otra colección de sus artículos antes de su muerte, no habría publicado sus artículos completos. La habría hecho conforme a esta cita, escogiendo lo mejor, desechando sin piedad los artículos sin mérito alguno. Seguramente no nos quejaríamos de la desigualdad de los artículos en la colección que habría resultado.

A los diecinueve años Mariano José de Larra empezó a demostrar su talento disfrazado de duende. En esto Larra no hizo más que adaptarse a la costumbre de la época. A principios del siglo XIX, los escritores solían firmar sus obras con seudónimos. No es que el seudónimo sirviera para esconder al hombre. Al contrario, todo el mundo reconocía en el Curioso Parlante a Mesonero Romanos y en el Solitario a Estébanez Calderón. Se sabía que el

Pobrecito Holgazán era Sebastián Miñano y que el Duende Satírico que acababa de aparecer en Madrid era Mariano José de Larra. Pero estos escritores imitando al Ingenioso Hidalgo de la Mancha - sentían la necesidad de bautizarse con nombres "altos, sonoros y significativos". Larra comenzó a publicar el Duende Satírico del Día a principios de 1828. Se publicaron únicamente cinco números de este periódico. En agosto de 1829 la censura del gobierno de Calomarde pudo más que Larra y el Duende Satírico del Día falleció.

Tres años más tarde intentó Larra de nuevo publicar una revista propia. En agosto de 1832 salió el primer número del Pobrecito Hablador, Revista Satírica de Costumbres redactada por el bachiller don Juan Pérez de Munguía. En esta revista aparecieron artículos hoy día tan conocidos como El castellano viejo, El mundo todo es máscaras y Vuelva usted mañana y la correspondencia no menos valiosa entre el bachiller don Juan Pérez de Munguía y Andrés Niporesas, ese batueco cuyo nombre manifestaba esa desconfianza tan grande que tenía en la humanidad que llegó a decir "En el día estoy reducido a no creer más que en Dios, porque cuanto a creer en los hombres, me voy con muchísimo tiento." (5) El Pobrecito Hablador tuvo la misma suerte que el Duende Satírico del Día. En marzo de 1833 en el número catorce de la colección murió el Pobrecito Hablador. Cansado ya de luchar contra la censura, sin esperanzas de ver llegar a España esa libertad de imprenta que tanto anhelaba, y antes de que el gobierno le suspendiera la revista, Larra se despidió del público en un artículo magnífico, La Muerte del Pobrecito Hablador. En este artículo el autor no pierde ni por un solo momento la ocasión de burlarse de todo, de la censura, del gobierno, del público, de los actores, de los periódicos, de la literatura, hasta de sí mismo que moría de miedo, dejándose tanto por hablar. El Pobrecito Hablador, moribundo, se aferraba a cada palabra mofándose de todo sin piedad. En la hora de su muerte no iba a desperdiciar ni una pa

labra de las pocas que le quedaban."Habló lo que tenía que hablar y expiró a poco rato. Vimosle caer en la almohada, y no se volvió a oír palabra; sólo sí debió de rendir el alma a manos del último accidente del miedo, pues se tapaba la cabeza con la ropa como si viera fantasmas; huía, temblaba, se escondía y se ponía el dedo en la boca, postura en que murió..... En fin, expiró, lo cual conocimos en que dejó de hablar." (6) Fué una muerte digna la del Pobrecito Hablador.

Murió el Pobrecito Hablador pero Larra no quiso morir. Se parecía al Fénix. Renacía de sus propias cenizas. El Pobrecito-Hablador siguió viviendo en Fígaro, seudónimo que Larra sacó de una reunión del Parnasillo en el Café del Príncipe. A Larra le agradó el nombre porque le pareció "nombre a la par sonoro y significativo de mis hazañas, porque aunque no soy barbero, ni soy de Sevilla, soy, como si lo fuera, charlatán, enredador y curioso, además, si los hay. Me llamo, pues, Fígaro; suelo hallarme en todas partes; tirando siempre de la manta y sacando a la luz del día defectillos leves de ignorantes y maliciosos; y por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir a todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que, o no dicen lo que piensan, o piensan demasiado lo que dicen." (7) Fígaro no llegó a tener periódico propio pero a principios de 1833 empezó a colaborar en la Revista Española, cuyo director era José María Carnerero. Cuán distinta fué esta relación amistosa entre Fígaro y Carnerero de la que había tenido el Duende Satírico con el mismo Carnerero --- unos años antes. En dos artículos, Un periódico del día y Donde las dan, las toman, el Duende arremetió contra El Correo Literario y Carnerero quien había criticado la oda escrita por Larra a la exposición de la industria española. Con su acostumbrada mordacidad Larra hizo pedazos El Correo Literario, enumerando, no los defectos de dicho periódico, sino los méritos que encontraba en -

él. Según el Duende, El Correo Literario tenía el gran mérito - de hacer dormir a la gente y "me parece que para quien tenga la - desgracia de no poder conciliar el sueño, bien vale esto la pena - de gastar seis cuartos." (8) Ese mérito en sí valía mucho pero - el Duende había encontrado otro, a saber, "si es cierto que no - cuesta trabajo el escribir mucho y malo también lo es que debe - ser cosa muy difícil llenar tres veces cada semana un pliego de - palabras que forman oraciones, y no decir nada al cabo de un -- mes." (9)

Fíguro continuó colaborando en la Revista Española hasta -- agosto de 1835 cuando dejó de existir la revista. Al mismo tiem - po se publicaron artículos suyos en El Correo de las Damas, en - la Revista del año 1834 y en El Observador. Durante su viaje al - extranjero en 1835 apareció El Español. En su artículo, Fíguro - de vuelta, Larra describe su alegría al encontrarse con este pe - riódico nuevo. "No bien hube llegado a Madrid cuando me eché a - buscar un papel público en donde fabricar mi nido para lo que -- falta de invierno. Queríale grande, empero, y donde cupiese yo - todo, que no cabía el año pasado en Madrid; largo, ancho, desa-- hogado, como lo había imaginado mil veces para tanto como tengo-- aún que decir. Empezábame a desesperar, cuando he aquí que de - pronto surge de la calle de las Rejas El Español, tamaño como por el adjunto verás. Yo, que a imitación del borracho del cuento, - aguardaba que pasase mi casa para meterme en ella: Este es, ex-- clamé en cuanto lo ví extenderse, crecer, tocar el cielo--y metí me de rondón en él, donde quedo....." (10) Su alegría no le du - ró mucho tiempo. Poco después Fíguro le mandó un artículo al -- Español atacando el gobierno del ministro Istúriz. El director - Andrés Borrego, amigo de Istúriz, se lo devolvió, sin duda por - no hallarse de acuerdo con las opiniones expresadas. Fíguro, -- acostumbrado a luchar, reclamó su derecho de criticar todos los - gobiernos hasta que llegara uno a remediar la situación lamenta - ble de España. Estaba decepcionado porque "bastante censura --- nos ponen los gobiernos a los escritores, sin que se nos añada -

otra doméstica en nuestro mismo periódico." (11)

En esta época Figaro llegó a ser el periodista mejor pagado de España. En noviembre de 1836 Larra firmó un contrato con la empresa de los periódicos El Redactor General y El Mundo. Este contrato, encontrado por Carmen de Burgos entre los papeles de Figaro, demuestra la influencia e importancia que alcanzó Figaro. El contrato empieza con esta estipulación "Don Mariano José de Larra procurará al periódico titulado El Redactor General seis artículos jocosos al mes, firmados Figaro, no pudiendo usar esta firma ni género en ningún otro periódico, sino en El Mundo." Larra no se había equivocado al decir que su firma era su riqueza. Eran la firma de Figaro y su género "jocoso" lo que tanto atraían al público español. Sigue el contrato, "La empresa se obliga a dar al Señor de Larra por los empeños que éste contrae el sueldo de 40,000 reales al año, pagados mensualmente; es a saber: 36,000 reales por los artículos que procure al Redactor y 4,000 por los que dé al Mundo." (12) Si El Español en 1836 le pagaba 20,000 -- reales por su colaboración, a fines del mismo año Larra ya tenía firmado un contrato con una empresa que le ofrecía dos veces esa cantidad.

Sin embargo, ese dinero que ganaba sólo servía para acrecentar la amargura que sentía. En La Nochebuena de 1836 Figaro le entrega a su criado unas monedas. "Tenían el busto de los monarcas de España. Cualquiera diría que son retratos; sin embargo, --eran artículos de periódico. Las miré con orgullo. --Come y bebe de mis artículos--añadí con desprecio--; sólo en esa forma, --sólo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos-- en el cuerpo de ciertas gentes". (13) Los artículos se los pagaban únicamente con dinero y más falta le hacía a Larra la comprensión. Esto explica por qué Figaro, de tanto renombre y tan leído en su época, siempre se quejaba de que no existía público en España. Por eso al hablar de los oficios menudos, de los Modos de vivir que no dan de vivir dice, "Los hay odiosos, los hay

asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran; pero en España ningún oficio reconozco más menudo, y sirva esto de conclusión, - ningún modo de vivir que dé menos de vivir, que el de escribir - para el público, y hacer versos para la gloria, más menudo todavía el público que el oficio....." (14) Larra necesitaba que el público le sirviera de desahogo. Quería que el público cargara también con el peso que le amargaba pero el público se negó a -- ayudarle.

Qué desesperación habrá sentido Larra al firmar ese contrato en que se comprometía a entregar al Redactor seis artículos jocosos al mes! El Duende Satírico, el Pobrecito Hablador, Fígaro, - Larra--todos lloraban a lágrima viva. Años de llanto, años de - tragedia, años de **desesperación**, convertidos en palabras que nadie supo entender. Las empresas de los periódicos y el público--segúan creyendo que Fígaro se reía, que Fígaro quería hacer reír. Se reían y Fígaro **seguía llorando a solas. Tenía razón Fígaro** al quejarse de que "mi vida está reducida a querer decir lo que otros no quieren oír." (15) La risa de los lectores ahogaba el llanto de Fígaro. No querían oír. Por eso a veces Fígaro escribía una carta en vez de un artículo. Así se hacía la ilusión de que por lo menos una persona le comprendía. Su gran desdicha era que no podía callar. Como el Pobrecito Hablador "había de hablar y habló." (16) Fígaro lanzaba sus palabras con la esperanza de oír - un eco siquiera. "El genio ha menester del eco, y no se produce eco entre las tumbas..... Porque la palabra escrita necesita -- retumbar, y como la piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar repetida de onda en onda hasta el confín de la superficie; necesita irradiarse, como la luz del centro a la circunferencia". (17) Muy a menudo los artículos de Fígaro resultaban ser monólogos. Fígaro sentía que sus palabras se perdían en la nada, que quedaban enterradas en ese vasto cementerio que era Madrid, ---

"vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia; cada calle, el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón, la urna cineraria de una esperanza o un deseo." (18) En ese mismo cementerio en cada artículo Fígaro iba enterrando una esperanza o una ilusión. Fígaro, andando por ese cementerio el día de difuntos - de 1836, ya se había dado cuenta de que "escribir como escribimos en Madrid es tomar una apuntación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta." (19) Ya no tenía fe ni en España, ni en los hombres, ni en sí mismo. Sin embargo, -- esa comezón de escribir que tenía no le dejaba callar. Ni eco, -- ni esperanza. Solamente le quedaban el monólogo y la muerte.

Siendo periodista, Fígaro tenía el gran inconveniente de tener que contentar al público, a los censores, y, al mismo tiempo, a sí mismo. Pronto comprendió que era una tarea imposible. Puesto que, a su parecer, él valía más que los otros, optó por escribir lo que él sentía sin hacer concesiones ni al público ni mucho menos a los censores. A Fígaro le atormentaba ese público de necios, de discretos, de locos, de cuerdos, de ignorantes, de entendidos. Al ponerse a escribir un artículo se encomendaba "con más fe que esperanza a Santa Rita, abogada de imposibles" (20) pidiéndole un modo de escribir que "ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, -- ni trivial; una quimera, en fin." (21) Llegó a la conclusión que el público no valía la pena. ¿Para qué seguir escribiendo para -- ese público si decirle algo, del modo que fuera, era como si no se le dijera nada? El público era incorregible. Era sordo, mudo, -- ciego. Más valía escribir un monólogo!

Si el público le causaba muchas molestias al periodista, la censura aún más. Por lo menos, el público no se metía en sus ---

monólogos. Larra luchaba por esa libertad de imprenta que se parecía al dinero "en lo indispensable y en lo filosóficamente que sin la una y sin el otro vamos trampeando." (22) A veces llegaba a faltar periódicos en España pero los censores eran como los facciosos, siempre eran de casa. De un periódico no se podía decir "Este periódico sale todos los días, excepto los lunes" sino que había que decir, "de este periódico sólo se sabe de cierto que no sale los lunes". (23) Esto bien lo sabían el Duende Satírico y el Pobrecito Hablador por experiencia personal. Pero el gobierno y los censores insistían en que España tenía libertad de imprenta. Figaro, burlándose de ellos, escribía, "¿Y quién duda que tenemos libertad de imprenta? Que quieres imprimir una esquelita de convite; más una esquelita de muerte; más todavía, una tarjeta con todo tu nombre y tu apellido, bien especificado: nadie te lo estorba.. Que eres poeta, y que llega un día de Su Majestad y haces una oda: allí puedes decir que todo va bien, en buenos o malos versos que toda esa libertad te dejan. Y también puedes decirlo en prosa, y puedes no decirlo de ninguna manera, si eres hombre de sentido común, y nadie se mete contigo." (24) Esa era la libertad de imprenta que el gobierno ofrecía. Le causaba risa a Larra pensar que en España había gente tan tonta que creía que "para hablar le bastaba tener la licencia de Dios." (25) ¿Y los censores?

La censura no podía con Larra. Por cada artículo que le prohibían, remitía tres más. Era más fácil "llevar un pliego al general en jefe, aunque no se sepa dónde para, que hacer llegar al público un mal artículo." (26) Pero Larra persistía y algunos artículos, que hoy día nos asombran por lo atrevidos que son, llegaban a los periódicos. Indudablemente, muchos de sus artículos murieron a manos de los censores; otros quedaron mutilados. Según Larra, "por una rara combinación de circunstancias, que mis lectores no entenderán, y que yo entiendo demasiado, nunca escribo yo más artículos que cuando ellos no ven ninguno, de suerte que, en -

vez de decir--Fígaro no ha escrito este mes--, fuera más arrimado a la verdad decir, el mes en que no hubiesen visto un solo Fígaro al pie de un artículo:--Cuánto habrá escrito Fígaro este mes!"(27 Por todas partes en la obra de Larra aparece la censura. A veces va disfrazada de "una rara combinación de circunstancias" como en la cita anterior. A veces es "la naturaleza de las cosas que nos rodean" como en la cita siguiente. "Si números enteros han sido - dedicados a objetos de poca importancia, no ha sido porque tal -- fuese nuestra intención, sino por la naturaleza de las cosas que nos rodean." (28) A veces Larra no le cambia la cara pero, disfra^zada o no, siempre la reconocemos a primera vista.

A pesar de todos sus esfuerzos la censura no pudo sofocar a Fígaro. Fígaro no se escondía. Desafiaba en voz alta a los censores, seguro de sí mismo. Si los censores luchaban con tijeras, - él luchaba con palabras. En eso nadie podía aventajarle. De esa lucha eterna con los censores salió ese modo de escribir, tan de Fígaro, de decir las cosas al revés. Con gran habilidad, aprendió a decir lo que quería sin decirlo--gran descubrimiento en una época de censura, en una época en que acababa de nacer un género nuevo, el "artículo en blanco". Era tan obvio lo que Fígaro se callaba que era como si lo hubiera dicho, pero tenía la ventaja de que el censor no le podía prohibir lo que no había escrito. El - censor se quedaba desconcertado, tijeras en mano, sin saber qué - hacer, ante artículos tan satíricos como Lo que no se puede decir, no se debe decir y La alabanza, o que me prohíben éste. Estos -- artículos fueron victorias decisivas. Ya no cabía duda. La bata--lla la había ganado Larra.

Fígaro armado de su "mal cortada pluma que siempre había de pinchar" y de su "lengua que siempre había de maldecir" (29) fué un periodista solitario e independiente. Reclamaba su derecho de no hacer cuerpo común con nadie, en su propio periódico o en pe--riódicos ajenos. Fiel a sí mismo, Fígaro observaba, dibujaba, cen

suraba la realidad que le rodeaba. Si la pintaba llena de defectos, era porque así la veía. Intransigente con el público y con la censura, escribía lo que veía y lo que sentía. Con Larra el artículo de periódico alcanzó un valor literario que antes no había tenido. Junto a él, los otros periodistas de su época quedan insignificantes.

NOTAS

1. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 158.
2. Ibid., p. 165.
3. Larra, Artículos completos, p. 299.
4. Ibid., p. 693
5. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 13.
6. **Ibid.**, p. 39.
7. Larra, Artículos completos, p. 469.
8. Ibid., p. 786.
9. Ibid., p. 786.
10. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 160.
11. Larra, Artículos completos, p. 842.
12. Carmen de Burgos, Fígaro, p. 112.
13. Larra, Artículos de costumbres, p. 270.
14. Ibid., p. 256.
15. Ibid., p. 181.
16. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 33.
17. Larra, Artículos completos, p. 722.
18. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 228.
19. Larra, Artículos completos, p. 722.
20. Ibid., p. 227.
21. Ibid., p. 228.
22. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 187.
23. Larra, Artículos completos, p. 872.
24. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 121.
25. Ibid., p. 183.
26. Ibid., p. 104.
27. Larra, Artículos completos, p. 882.
28. Ibid., p. 848.
29. Ibid., p. 228.

LARRA Y ESPAÑA

Ya es hora de dejar de ver en Larra "el perfecto afrancesado por su origen, por su educación, por sus costumbres y aficiones, - por la índole misma de su arte". (1) Los que han atacado a Larra por afrancesado han sido muy injustos con el hombre que fué todo lo contrario. ¿Quién, a principios del siglo XIX, fué más español que Larra? ¿Quién sintió con tanta intensidad todos los dolores de su patria? ¿Quién tuvo la osadía de criticar en una época en que solamente estaba permitida la alabanza? ¿Quién fué más patriota que Larra? Nunca fué hombre de partido. Siempre independiente, buscaba ansiosamente el camino que llevara a España a una nueva grandeza, el camino que la sacara de la inercia y la miseria - en que se había hundido. Buscaba desesperadamente el modo de resucitar a España, no para devolverle un pasado glorioso--comprendía que el pasado no le podía dar vida al presente ni mucho menos al porvenir-- sino para brindarle una nueva vida, un porvenir lleno de esperanza.

No estamos de acuerdo con los que creen que los cuatro años que pasó Larra de niño en Francia internado en un colegio de Burdeos dejaron huellas tan profundas en su personalidad y en su mente que el tiempo no pudo borrarlas. Estos le atribuyen la influencia francesa que ven en Larra a estos años, y también al hecho que el padre de Larra fué afrancesado. No se puede negar este aspecto de la vida de Mariano de Larra, médico del ejército de José Bonaparte. Sin embargo, hay que reconocer que, a la vez, fué muy patriota. En cuanto pudo, regresó a España, a una España que, a lo mejor, no le iba a recibir bien, pero eso no le importaba. -- Era un español capaz de sufrir todo con tal de estar de vuelta en España. No hay nadie más español que un español en el destierro, a no ser el hijo de ese español desterrado. España ha tenido muy pocos hombres tan españoles como Mariano ---

José de Larra, el hijo del afrancesado.

Larra en su artículo Exequias del Conde de Campo-Alange expresó su estimación por su amigo el conde porque siendo "demasiado noble para ser hombre de partido, se vió español y nada más." (2) Esta misma frase expresa lo que era Fíguro--español y nada más. En su obra censuraba a los facciosos y a los liberales. Criticaba al español que solamente encontraba lo bueno dentro de España, que todo lo español lo veía color de rosa, cuyo patriotismo era tal "que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país" y cuya ceguera "le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tener razón;" (3) Si criticaba esta exageración en el "castellano viejo", también se indignaba Fíguro con los españoles que hallaban lo bueno únicamente en lo extranjero. Estos, tan injustos como los primeros, explicaban todas sus desgracias con la expresión "cosas de este país", echándole la culpa a España cuando ellos mismos eran los culpables por su pereza, su falta de acción y su inercia.

Larra censuraba los defectos de España pero cuando se le ofrecía la ocasión de censurar otro país, sobre todo, Francia, gozaba en hacerlo porque decía "¿debemos dejar escapar los de acá una ocasión tan hermosa de dar en las orejas a los de allá?" (4) Creía Larra que para la regeneración de España se debían tomar algunas cosas del extranjero. Había que escoger lo bueno pero siempre adaptándolo a las costumbres españolas y a las fuerzas de España en ese momento. España tenía que subir la escalera pero aconsejaba Larra, "Subámosla tranquilos, escalón por escalón, si queremos llegar arriba." (5) Quería Larra que sus compatriotas se dieran cuenta de que no ganarían nada con brincar. No era posible remediarlo todo con un salto. Así o se romperían la cabeza o no

pasarían de ser un eco de la última palabra de Francia. Larra no quería que España fuera eco de Francia. España tenía que forjarse un porvenir y una personalidad propia. Le parecía ridículo que -- "en el día se mira con asombro al que no ha estado en París." (6)

Siendo justo, Larra reconocía que Francia les llevaba mucha-ventaja en algunas cosas a los españoles. Sin embargo, no veía -- un país perfecto ni en costumbres ni tampoco en literatura. Al -- escribir la crítica de una obra teatral de Ducango, Treinta años o la vida de un jugador, se enojó con el público español porque -- "el drama es malo pero no se silbó. Pues no faltaba otra cosa -- sino que se metieran los españoles a silbar lo que los franceses -- han aplaudido la primavera pasada en París!" (7) También critica- ba a los franceses que creían que los españoles no podían hacer -- nada. "Para inventar todas estas cosas es preciso saber otras -- muchas, que sólo se hallan en Francia; es preciso estar en París. El que no ha estado en París está dispensado de tener sentido co- mún, y aunque nosotros las inventásemos, por ser nuestras, habían de parecer mal." (8)

¿Afrancesado Larra? Durante su viaje al extranjero en 1835, mencionó en una carta a sus padres que en París estaba haciendo -- un cielo de Madrid. Y en París, bajo ese cielo de Madrid, se -- puso Larra a escribir el texto para un Viaje pintoresco por Espa- ña que pensaban publicar en Francia el barón de Taylor y Charles Nodier. En una carta que le escribió a su editor Delgado a me-- diados de agosto Larra indicó que se estaba dedicando a ese tra- bajo con mucho gusto porque le iban a pagar bien y por otra ra-- zón que le importaba mucho como español. "Con este motivo he te- nido ocasión de hacer conocer en Francia y, por consiguiente, en toda Europa, los nombres demasiado oscuros, como todas nuestras- cosas, de mis amigos. Puede usted poner esto en conocimiento de Bretón, de Vega y demás, por si les puede servir de satisfacción.

Ya pueden calcular que como español y como amigo habré tratado de dar todo el realce posible a nuestras cosas y a ellos mismos." (9) Si queda alguna duda de lo muy español que era Larra se desvanece por completo al leer una página escrita por Larra en París. Lleno de nostalgia y de recuerdos escribió, "Quizás hayáis tenido -- alguna vez que abandonar vuestra patria. Entonces, cuando después de lanzar una postrera mirada languideciente a la costa que se aleja, os sentisteis llevados sobre las olas espumantes, hacia lejanas costas, habéis reconocido--quizás por última vez en vuestra vida--, que aquella patria os era queridísima. Quizás maldijiste cien veces aquella misma patria antes de abandonarla; era una mujer que os había engañado--porque siempre engañan las mujeres--; o sino, era un amigo que se portó con vosotros como una -- mujer, y que hundió en vuestro corazón el puñal, con mango de oro, de la traición; o, sino, era, finalmente, ese vago hastío del alma, ese vacío atroz de la existencia, en el que gira sin cesar el ambicioso, por el que corre sin objeto, mirando siempre, sin horizonte nunca, ese desierto estéril e infinito, en el que una arena blanda y movediza os arrastra a cada paso, sin tregua ni descanso, de sima en sima y de abismo en abismo. Lleno entonces de amargura, exclamasteis cien veces: Te dejaré, tierra árida para mí; -- te maldigo, patria... Buscaré un país hospitalario. Hay muchos países hospitalarios, y en ellos olvidaré..... Pero he podido abandonar mi patria y mi Dolores! Y para siempre, para siempre! Y mi corazón de español latía locamente en mi pecho. Y erraba por las calles sin rumbo, como en busca de algo. Y hubiese querido enseñar mi idioma a los árboles y a las rocas y a los hombres que pasaban por mi lado para que comprendiesen mis penas y mis -- sordos gemidos. Me ardía la cabeza; mis cabellos revueltos descubrían mi frente pálida y agitada; sentía pesar sobre mí una mano de hierro que me oprimía... Era mi patria eterna que se apoyaba sobri

mí..." (10) ¿Afrancesado Larra? El primer artículo que publicó al regresar de París, Fígaro de vuelta, empieza, "Se vuelve a España desde París, querido amigo: es cosa probada, y, lo que es más, es cosa buena..... Digan lo que quieran acerca de la superioridad de esos países, la patria es para un español más necesaria que una iglesia." (11) Claro que en el mismo artículo seguía criticando y censurando los defectos que veía. Unos meses de ausencia de España no habían disminuido el cariño que sentía por España pero tampoco le habían puesto una venda en los ojos, ni una --mordaza en la boca.

Únicamente un hombre que entendía lo que significaba ser patriota español, un hombre que se había desterrado por unos meses de su patria pero, no aguantando estar lejos, había regresado, --únicamente un hombre así, lleno de amor y de dolor por su España, habría podido juzgar las Memorias de Godoy del modo tan humano como las juzgó Larra. Larra comprendía lo que sentía Godoy desterrado. Le daba lástima ver al que fué Príncipe de la Paz "arro--jado por la fuerza de la opinión a las márgenes de un río extranjero" y presentándose "a las puertas de la patria en modesto traje, con un humilde sombrero redondo en aquella cabeza que cubrieron coronas ducales, y con unos cuadernos impresos en la mano, no ya para rescatar las perdidas grandezas, sino para reconquistar --el nombre de ciudadano español, que catorce millones de hombres --poseen sin esfuerzo alguno....." (12) Larra, más que cualquier de esos catorce millones de hombres, merecía el nombre de ciudadano español.

Tantas veces se quejaba Larra de no estar ciego, como los --demás. Le dolía tanto lo que veía. Sin embargo, su castigo era--quedarse siempre con los ojos abiertos. Y sus ojos no llevaban --lentes color de rosa porque su misión no era la alabanza. Los suyos eran unos ojos microscópicos que señalaban los poros, los defectos, la malicia, la mentira. Larra buscaba la belleza pero --

sus ojos siempre reflejaban la fealdad. Por desgracia, el que -- veía la fealdad en todas partes anhelaba ver la belleza. Su lengua hubiera preferido la sonrisa pero le tocó la risa trágica del payaso.

Larra comprendía que España se hallaba en un momento crítico de transición. Por eso importaba tanto saber hacia donde caminaba. Tenía que caminar hacia adelante, no hacia atrás, con pasos seguros, despacio, porque un cambio brusco podría causarle mucho daño. Podría ser fatal el querer llegar en un momento al final del camino. Se equivocan los que afirman que Larra vivía en el pasado y así explican la crítica en Larra del presente. Lo que deseaba para España era un porvenir glorioso ya que veía que el presente no lo era. Siguió criticando porque creía que "aquí no tratamos de hacer la felicidad de nosotros, míseros humanos que podemos vivir treinta años más o menos, sino de la nación, que no muere nunca." (13)

A través de los artículos de Larra encontramos la España que el autor veía. Veía una España dividida en tres pueblos distintos. El primero era "una multitud indiferente a todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria, porque no teniendo necesidades, carece de estímulos; porque acostumbrada a sucumbir siglos enteros a influencias superiores, no se mueve por sí, sino que en todo caso se deja mover." El segundo era una clase media que quería reformas. Veía la luz y la quería pero "cree más cerca los objetos porque los desea; alarga la mano para cogerla; pero que ni sabe los medios de hacerse dueño de la luz, ni en qué consiste el fenómeno de la luz, ni que la luz quema cogida a --- puñados." El tercer grupo que distinguía Larra era una clase poco numerosa que "se cree ella sola la España, y que se asombra a cada paso de verse sola cien varas delante de las demás; hermoso caballo normado, que cree tirar de un tilbury y que, encontrándose se con un carromato pesado que arrastrar, se alza, rompe los tiros

y parte solo." (14) Eran tres grupos distintos, cada quien tirando por su lado y ninguno se daba cuenta de que lo que importaba -- era unirse para andar el camino.

Esta discordia le molestaba a Larra pero la guerra civil le -- repugnaba. Unos de los artículos más amargos de Fíguro son los de los facciosos--Nadie pase sin hablar al portero, La planta nueva, -- o el faccioso, ¿Qué hace en Portugal Su Majestad? Según Larra los facciosos se producían en toda España con gran fecundidad pero sobre todo en el norte de España. "Cada país tiene sus producciones particulares; he aquí por qué son famosos los melocotones de Aragón, la fresa de Aranjuez, los pimientos de Valencia y los facciosos de -- Roa y Vizcaya." (15) Si todas las casas en España tenían su portero, lo más natural era que España tuviera también su portero en -- Victoria donde estaban los facciosos en el año primero de la cristiandad. Le extrañaba a Larra ver que las diligencias se habían -- establecido para los liberales que eran el símbolo del movimiento-perpetuo. "Y efectivamente, por poco liberal que uno sea, o está uno en la emigración, o de vuelta de ella, o disponiéndose para -- otra." (16) En cambio, los facciosos nunca se veían obligados a -- viajar en diligencia porque siempre eran de casa. Todo lo que se -- creía en el mundo tiene su mérito, hasta los facciosos, que les ha -- cían el favor a los españoles de interceptar el correo y quitarles la molestia de tener que leer sus cartas. Además todo salía igual porque si había en España algunos facciosos más también había algunas diligencias menos. Larra muy rara vez llegaba a proponer consejos prácticos en su obra pero hizo una excepción en el caso del faccioso, planta nueva y perjudicial. Propuso como remedios gran vigilancia, el promover un verdadero amor al país en todos sus habitantes, la pólvora, y "en el último apuro la planta es también de invierno, como si dijéramos de cuelga; y es evidente y sabido que --

una vez colgado este pernicioso arbusto y altamente separado de-- la tierra natal que le presta el jugo, pierde, como todas la plantas, su virtud; es decir, su malignidad. Tiene de malo este último remedio que para proceder a él es necesario colgarlos uno a -- uno, y es operación larga." (17) Sobraban los facciosos en España pero el que menos falta les hacía a los españoles era el que era-- solamente "un faccioso más", don Carlos "Su Majestad (de que Dios nos guarde) el Rey desgobernador." (18)

Larra veía una España que no envejecía. En eso se parecía -- a ciertos pueblos que "no envejecen, porque para envejecer es -- preciso vivir..... Por nuestra patria, efectivamente, no pasan días; bien es verdad que por ella no pasa nada; ella es, por el -- contrario, la que suele pasar por todo." (19) España no hacía si-- no tejer y destejer, andar y desandar lo andado. Por consiguien-- te, cada día quedaba más atrasada. Cada ministro que llegaba sa-- caba una tela nueva que siempre resultaba ser la misma, la Constitución del año 12. España era un país que no sabía multiplicar -- "pero restar, a las mil maravillas. Vamos a quien puede más. El año 14 vino el rey y dijo: --Quien de catorce quita seis, queda -- en ocho; vuelvan, pues las cosas al ser y estado del año 8. El -- año 20 vienen los otros y dicen:-- Quien de veinte quita seis, -- queda en catorce; vuelvan las cosas al ser y estado del año 14. -- El año 23 vuelve el de más arriba y dice: --Quien de veintitrés-- quita tres, queda en veinte; vuelvan las cosas al ser y estado de febrero del año 20. El año 1836 asoman los segundos, y éstos quieren restar más en grande: --Quien de treinta y seis quita veinticuatro, queda en doce; vuelva todo al año 12." (20)

Los años en España no eran más que comedias de capa y espada llenos de intrigas, embrollos enredados, entradas, salidas, dis-- cursos largos, pero lo que nunca llegaba era el desenlace. El -- pueblo español se pasaba la vida casándose, separándose, volvién-- dose a casar como "un novio que no ve el logro de su esperanza:

ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno, con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito." (21) Cea Bermúdez, Martínez de la Rosa, - el Conde de Toreno, Mendizábal, Istúriz. Cambiaban los ministros en España. Sin embargo, todo seguía igual porque los ministros- eran "unos hombre que andan jugando a la gallina ciega con nues- tra felicidad y que tienen el raro tino de hacer siempre las co- sas al revés." (22) Larra, cansado de ver a tantos ministros -- que ponían la misma mesa y servían los mismos platos, que fingí- an caminar cuando en realidad no hacían más que marcar el paso, - gritaba angustiado, "y en fin, que se acabará el mundo algún día, si hemos de creer las sagradas escrituras, las cuales añaden ha- blando de eso, que nuestro Señor Jesucristo vendrá a juzgar a -- los vivos y a los muertos. De los muertos no digo nada, pero, - vive Dios si yo fuera quien hubiera de juzgar ya los vivos esta- rían juzgados!" (23) Todos los ministros resultaban ser "hombres- globos". Mientras estaban en la tierra hacían mucho ruido, te- nían mucha fama, se hinchaban con mucha seguridad pero "como ca- si todos nuestros globos, mientras están abajo entre nosotros asomb: su grandeza, y su aparato y su fama. Pero conforme se van elevando, se les va viendo más pequeños; a la altura apenas de Palacio, que no es grande altura, ya se les ve tamaños como avellanas, ya el- hombre-globo no es nada: un poco de humo, una gran tela, pero va cía....." (24)

La preocupación por España es tan constante en Larra que -- hasta se asoma en su Tratado de sinónimos. Para explicar la dife- rencia entre las palabras "libertad" e "independencia" puso este ejemplo. "Una nación es libre cuando son libres sus individuos- y es independiente cuando obra y existe por sí sin dependencia - de otra nación. Es libre por sí e independiente de otra. España es independiente y no es libre." (25) La libertad que le ofrecía el gobierno al pueblo español era algo rara. Libertad de imprenta pero con censores. Libertad para gritar--Viva el Estatuto! Li_

bertad para quedarse cada uno en su casa. Libertad para callar. - El gobierno hasta llegó a proclamar la "gran verdad descubierta", a saber, "la ley protege y asegura la libertad individual". (26) ¿Qué otra cosa podía pedir el pueblo español? Después de siglos, por fin se había descubierto que la ley no era una cosa mala. A pesar de esa "gran verdad descubierta" todos los españoles sabían que "la lengua se nos ha dado para callar, bien así como se nos dio el libre albedrío para hacer sólo el gusto de los demás, los ojos para ver sólo lo que nos quieren enseñar, los oídos para sólo oír lo que nos quieren decir y los pies para caminar adonde nos llevan." (27)

Larra ansiaba ver la libertad arraigada en todo lo español, en costumbres, en política, en literatura, en arte. Trató de interesar al pueblo en la causa de la libertad porque sabía que -- "la libertad no se da, se toma". (28) Luchaba por animar a esos españoles pasivos, acostumbrados a no pensar, que se dejaban mover por otros, esos españoles cuya riqueza era su falta de deseos. "No es más rico aquel que tiene más dinero, sino aquel que tiene menos deseos. Por esta regla de eterna verdad, ¿qué nación más rica que la nuestra? Aquí nadie desea más de lo que tenemos: mira tú si nos contentamos con poco!" (29) Le enfurecía a Larra - el pueblo español que se dejaba guiar por otros como si estuviera ciego.

Larra no aguantaba ver una España indecisa. Y era precisamente lo que veía. Una España ni de pie, ni sentada. Ni liberal ni absolutista, es decir, ni lo negro ni lo blanco. No se decidía a tomar color. Ofrecía un color atornasolado "un blanco que tire a negro y un negro que tire a blanco". (30) En todo reinaba la palabra "cuasi". "Un odio cuasi general a unos cuasi hombres, que cuasi sólo existen ya en España. Cuasi siempre regida por un gobierno de cuasi medidas. Una esperanza cuasi segura de ser cuasi libres algún día. Por desgracia, muchos hombres cuasi ineficaces. Una cuasi ilustración repartida por todas partes. Una cuasi intervención, resultado de un cuasi tratado, cuasi olvidada, - con naciones cuasi aliadas. El cuasi, en fin, en las cosas más-

pequeñas. Canales no acabados; teatro empezado; palacio sin construir; museo incompleto; hospital fragmento; todo a medio hacer, hasta en los edificios el cuasi." (31) Por todas partes, falta de decisión y falta de acción. Larra, viendo todo esto y aborreciéndolo, decía que en España "se empiezan ya a acabar dos cosas: el dinero y la paciencia." (32)

Llegó el día de Difuntos de 1836. El cuadro que veía Larra era bien triste. Toda España se había vuelto cementerio. Por todas partes había esqueletos, tumbas, lápidas. En ese cementerio yacían el trono español, la victoria, la libertad del pensamiento, los teatros, el valor castellano, el comercio, la industria, la verdad. Larra miraba el cementerio y ya no se asombraba. Ya había visto tanto! Sus ojos se habían acostumbrado a la muerte. Era un cuadro que daba lástima pero lo más angustioso era que notaba Larra que en el cementerio yacía también la esperanza.

A Larra le daban vergüenza los defectos de España. Quería borrarlos para poder sentirse orgulloso de ser español. Se ha dicho que Larra exageraba todos los defectos minuciosos que veía para hacerlos resaltar pero no es verdad. Sus ojos, como ya hemos indicado, acostumbraban reflejar únicamente la fealdad, la mentira, los vicios, los defectos. Sus ojos veían caricaturas. Y eso era lo que pintaba Larra. No tenía necesidad de exagerar. No tenía por qué andar con lupa escarbando, apartando lo bello y entresacando lo feo. Esto era precisamente lo que percibía a primera vista.

Diariamente vivía la tragedia de España. Diariamente asistía al espectáculo doloroso de la vida de España. Era espectador pero por desgracia le tocó también ser actor. No podía limitarse a observar quien tenía un papel que desempeñar en esa tragedia. No podía ser simple espectador el que sentía y comprendía. El espectáculo se volvió tragedia; el actor, trágico. Esa tragedia no nació del odio, como unos quieren creer, sino que -

Falta página

N° 46

NOTAS

1. Gabriel Alomar, Larra, p. 21.
2. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 256.
3. Larra, Artículos de costumbres, p. 78.
4. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 2.
5. Larra, Artículos de costumbres, p. 72.
6. Ibid., p. 214.
7. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 17.
8. Ibid., p. 5.
9. Carmen de Burgos, Figaro, p. 179.
10. Ibid., p. 234.
11. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 151.
12. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 250.
13. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 220.
14. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 228.
15. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 61.
16. Larra, Artículos de costumbres, p. 215.
17. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 66.
18. Ibid., p. 81.
19. Larra, Artículos completos, p. 866.
20. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 200.
21. Larra, Artículos de costumbres, p. 272.
22. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 167.
23. Ibid., p. 179.
24. Ibid., p. 138.
25. Larra, Artículos y poesías, p. 421.
26. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 92.
27. Ibid., p. 9.
28. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 254.
29. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 106.
30. Ibid., p. 79.
31. Larra, Artículos completos, p. 275.
32. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 208.

LA SOCIEDAD VISTA POR LARRA

Si la España que veía Larra no era la de sus consueños, la sociedad de que formaba parte lo era menos. Vuelve a aparecer -- la nota dominante en la obra de Larra--el choque entre la realidad que le rodeaba y la que anhelaba ver en todas partes. Larra, idealista, quería ver la perfección en todo, en política, en cos tumbres, en literatura, en el hombre. No se podía contentar con la imperfección humana. Este escritor que lanzaba sus reproches a principios del siglo XIX, seguiría haciendo lo mismo hoy día -- y en cualquier época. La tragedia de Larra no se puede explicar diciendo que Larra fué un hombre que no pertenecía a su época, -- que era demasiado adelantado para su época.

En Larra el interés en el progreso sí existe pero es una co sa completamente superficial. Es lo de monos. Lo principal es algo mucho más profundo. Larra representa el hombre que no se -- puede acostumbrar a la imperfección. Sin embargo, se da cuenta-- de que andar buscando la perfección es andar tras una quimera, -- una ilusión, un imposible. El hombre que puede dejar de ver, el que puede dejar de sentir, el que puede dejar de ansiar, el que -- puede dejar de pensar, se contenta con poco, es decir, se conten ta con el mundo como es. Si llega a quejarse es por algo que -- puede remediarse. Es más cuerdo que Larra. Se queja del frío, -- sabiendo que existe la calefacción; se queja del hambre sabiendo que se le puede quitar con comida. Todas sus quejas pueden sa-- tisfacerse con cosas tangibles. En cambio, Larra se queja de la falta de perfección en la sociedad y aun más en sí mismo. ¿Cómo-- le pueden servir de consuelo sus quejas si comprende que la per-- fección no es cosa de este mundo? Pero el dolor puede más que su desesperación y sigue gritando. Larra no es de los que enmude-- cen con el dolor; el dolor le obliga a gritar. La verdad le --- amarga la boca; le envenena la vida. Por eso, trata de arrojar--

la de sí, convirtiéndola en artículos de periódico. No logra -- hacerlo. La verdad sigue inmóvil en su vida y en todo el mundo. Lo que se percibe en la obra de Larra es el sentimiento trágico-- de la vida, el mismo que un siglo más tarde iba a ser clave de-- la obra de Miguel de Unamuno.

"Es cosa generalmente reconocida que el hombre es animal -- social, y yo, que no concibo que las cosas puedan ser sino del -- modo que son, yo, que no creo que pueda suceder sino lo que suce-- de, no trato, por consiguiente, de negarlo. Puesto que vive en-- sociedad, social es sin duda." (1) La sociedad es mala, pero en-- esta vida únicamente lo malo es cierto. Desgraciadamente, la so-- ciedad es para el hombre una necesidad, mala y sin embargo, nece-- saria. Por eso, los presos que se hallan separados, segregados-- de la sociedad a la que pertenecen, inmediatamente forman otra -- sociedad entre sí. "Los hombres no pueden vivir sino en socie-- dad." (2) Esto lo comprendía Larra porque él también era hombre-- social. Tampoco podía prescindir de esa sociedad que le repugna-- ba. De vez en cuando se hacía la ilusión de no ser protagonista de esa sociedad, de ser únicamente espectador. "En esos días en que el fastidio se apodera de mi alma, y en que no hay cosa que-- tenga a mis ojos color, y menos color agradable. En estos días-- llevo cara de filósofo, es decir de mal humor; una sonrisa amar-- ga de indiferencia y despego a cuanto veo se dibuja en mis la--- bios..... No saludo a ningún amigo ni conocido que encuen-- tre, porque esto sería hacer yo también un papel en la comedia -- de que pretendo ser únicamente espectador, y que sólo para diver-- tirme a mí creo por entonces que representa el mundo entero."(3) Pero no es tan fácil despegarse del mundo y de la sociedad. Larra podía dejar de saludar a sus amigos pero no por eso dejaban de -- saludarle sus amigos a él. "¿Hay nada más torpe que estos hombres amigos de usted que le ven parado en una calle, y que no conocen

que cuando está usted parado es que no quiere andar, que cuando está callado es que no quiere hablar?" (4) Larra, a pesar de sus esfuerzos, seguía siendo protagonista.

La sociedad que Larra veía era una sociedad que debía su vida al egoísmo de los hombres que la componían. La sociedad era una cadena. El individuo no era más que un eslabón pero era un eslabón encadenado que no podía escapar. La sociedad era "un cambio mutuo de perjuicios recíprocos." (5) Al hombre no le interesaba prestar servicios a los demás, ni le interesaba ayudar a sus semejantes. Si soportaba estar encadenado era porque quería que los demás le prestaren servicios a él, que le ayudaren a él. Por eso decía Larra que los individuos "viven, más que de su propia vida, de la vida ajena que consumen..... O atraer o ser atraído. Ley implacable de la naturaleza: o devorar o ser devorado. Pueblos o individuos, o víctimas o verdugos." (6) Muy a menudo se ve repetida esta misma idea en Larra que la sociedad está compuesta de víctimas y de verdugos. "Como la Providencia, justa, destinó a la mortificación de todo bicho otro bicho de la naturaleza, como crió el sacre para daño de la paloma, la araña para tormento de la mosca, la mosca para el caballo, la mujer para el hombre, y el escribano para todo el mundo, así crió en sus altos juicios a la traperera para el perro." (7) Víctimas o verdugos, de allí no pasaba. Esta actitud de Larra se revela hasta en las cartas que escribió. En una carta a sus padres preguntando por sus hijos Larra escribió, "¿Cómo está esa divina Adela? -- ¿Cómo el tonelillo de Luis? ¿Dejan cosa a vida? ¿Se pegan mucho? ¿Riñen de continuo? ¿Hacen la vida de casados? ¿Cumplen con el tributo de la humanidad de aborrecerse mutuamente todo lo posible? Dios los haga grandes para que sean malos ccanto antes." (8)

El mundo era todo vanidad. Siempre triunfaban en él la hipocresía, la mentira, los vicios, la maldad. Los hombres no hacían más que engañar a sus semejantes y hasta se engañaban a -

sí mismos. En todas partes Larra veía las máscaras de Carnaval. Todo el mundo era máscaras; todo el año era Carnaval. Todos los hombres llevaban caretas aunque la mayoría no se fijaba en esto.

Los hombres vivían en un mundo que verdaderamente se podía llamar valle de lágrimas porque era un mundo lleno de dolor, de amargura, de caos y de degradación. Larra no podía dar un paso sin tropezar con la triste verdad. Los demás la vivían pero no la veían. Por lo tanto, eran felices. Larra miraba el teatro del mundo en donde salía la sociedad a representar tantos papeles distintos. Pero quitando las caretas a estos papeles descubría que eran solamente dos, los mismos--los verdugos y las víctimas. Y éste era el teatro verdadero, el que duraba toda la vida, malísimo, pero no se ganaba nada con silbar. Seguía la comedia de todas maneras.

¿Cómo eran los hombres que formaban esa sociedad? Tan malos, que Larra creía que "se puede soportar a las gentes los quince primeros días que se las conoce," (9) es decir, aguantaba a los hombres hasta que llegaba a ver como eran verdaderamente. Al conocerlos se daba cuenta de que eran todos iguales. Los hombres eran malvados. Si se reían era del mal ajeno. Se sentían felices, por ejemplo, si podían silbar una comedia. Eran crueles. Un reo condenado a la muerte y "se agrupan para devorar -- con la vista el último dolor del hombre." (10) Y lo peor era que gozaban al verlo. Veía Larra unos hombres esclavos de la costumbre que por pereza se contentaban con lo que tenían. "Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal o cual manera porque de tal o cual manera nacieron y crecieron." (11) Esos hombres seguían la tradición, buena o mala, porque era más fácil aceptarla que tratar de cambiarla. Eran los mismos que ni pensaban ni escribían ni leían. Eran de esos hombres "que no saben levantarse para despedirse sino en corporación con alguno o algunos otros" (12) porque no eran capaces de hacer nada por sí mismos. Larra -

veía en los hombres la maldad, la pereza, la crueldad, y también la ingratitud. "Bajé del coche y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés - con que por la mañana me dirigía la palabra. Un adiós bastante-indiferente me recordó que aquel día había hecho un favor, y que el favor ya había pasado." (13) No le extrañaba a Larra esa ingratitud. ¿Qué otra cosa podía recibir de un hombre si a la sociedad de que formaba parte no le importaba ni un corazón recto ni un alma noble. En cambio, consideraba indispensables "unos - cuantos fraques y cadenas, pantalones colán y mi-colán, reloj, - sortijas y media docena de onzas en el bolsillo, primeras virtudes en sociedad." (14)

En el hombre que era animal social Larra llegaba a veces a distinguir sólo lo animal. En ocasiones hasta le parecían superiores los animales porque como "ni tienen el uso de la razón ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices; no pueden engañar ni ser engañados; no creen ni son creídos: El hombre, por lo contrario, el hombre habla y escucha el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¿Qué - índole! El hombre cree en la mujer, cree en la opinión, cree en la felicidad... ¿Qué sé yo en lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree." (15) ¿Qué podía haber en el mundo más irracional - que creer en la verdad? Por lo contrario Larra encontraba lo racional en el animal que no tenía uso de la razón. Entre los animales "la hembra no engaña al macho, y viceversa; porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razón: a la simple vista huye el segundo del primero." Si tu viera el uso de la palabra, el animal cambiaría. "Crearán la vanidad y el amor propio; el noble bruto que dormía tranquilamente las veinticuatro horas del día, se desvelará ante la fantasma de una distinción; y al hermano a quien sólo mataba para comer, matarále después por una cinta blanca o encarnada. Déles usted, - en fin, el uso de la palabra, y mentirán: la hembra al macho por amor; el grande al chico por ambición; el igual al igual por ri-

validad; el pobre al rico por miedo o por envidia." (16) Entonces sería animal social; se parecería al hombre.

Lo que más le indignaba a Larra como hombre era ver que había unos en la sociedad que se consideraban hombres cuando de veras no eran más que "unas fieras disfrazadas de hombres". (17) - No eran humanos. No eran dignos de llamarse hombres. Otros eran "unas caras paradas, unos ojos mudos, unos corbatines siempre iguales, un vestido regular y uniforme, unos cuerpos ni elegantes ni mal vestidos, unos brazos que se balancean monótonos, siempre con la regularidad y compás de las aspas de un molino. ¿Saben - ustedes que los hombres de esas señas hablan nunca nada que pueda ser referido, escriban nada que deba ser leído, hagan una acción digna de ser imitada?" (18) ¿Qué derecho tenían estos de pertenecer a la sociedad si no servían para nada? ¿Para qué vivían si ni pensaban ni sentían? ¿Qué tenían de hombres estos seres? Más bien se parecían a un álbum "por de fuera encuadernado con un lujo asiático, y por dentro en blanco." (19)

Y Larra sentía que los hombres eran muy pequeños, que no -- sabían más que hablar. Formaban una sociedad de palabras. Unos hablablan y los demás escuchaban--verdugos y víctimas. Se ha--- bían vuelto tan pequeños. Eran figuras parecidas a los hombres-- que veía "bullir, empujarse, oprimirse, retorcerse, cruzarse y -- sobreponerse, formando grupos de vida como los gusanos producidos por un queso de Rochefort" (20) pero no eran hombres sino pala-- bras. A Larra le ensordecía ese ruido inmenso de palabras. No-- soportaba esa "confusión de palabras vestidas de frac y de som-- brero que a pie y a coche corren las calles." (21) Tantas pala-- bras, tanto ruido, tanta confusión y al fin y al cabo no decían-- nada que valiera la pena de escuchar. Palabras inteligibles de-- una sociedad aún más inteligible.

En esa sociedad confusa distinguía Larra al "calavera de --

buen tono", emblema del siglo XIX. Este no faltaba ni en las -- reuniones, ni en el teatro, ni en la ópera, ni en los bailes. -- Era el hombre social, por excelencia. Necesitaba siempre estar rodeado de espectadores. Este sí que entendía la sociedad y sabía tratarla. Libre e independiente, ni volvía visitas, ni cumplía palabras. Sin embargo todos le buscaban. ¿Cómo no iba a tener éxito en la sociedad? Sabía "montar a caballo y atropellar con gracia a la gente de a pie; hablar el francés, el inglés y el italiano; saludar en una lengua, contestar en otra, citar en las tres." (22) Puesto que despreciaba el dinero jugaba, perdía y debía siempre en gran cantidad. Andaba siempre en intrigas -- amorosas demostrando que las mujeres podían ser víctimas del hombre, lo cual le daba mucho gusto a Larra porque casi siempre veía en la mujer el verdugo del hombre. Era natural que el hombre fuera víctima de la mujer puesto que llegaba a la sociedad adornada de tantas buenas cualidades. "La sociedad llama buenas cualidades en una mujer lo que se llama alcance en una escopeta y tino en un cazador; es decir, que se había formado Adela como -- una arma ofensiva con todas las reglas de la destrucción: en punto a la coquetería era una obra acabada y capaz de acabar con -- cualquiera; muy poco sensible, en realidad, podía fingir admirablemente todo ese sentimentalismo sin el cual no se alcanza en el día una sola victoria; cantaba con una languidez mortal; le miraba a usted con ojos de víctima expirante, siendo ella el verdugo." (23) Era la Ley de la naturaleza.

No había remedio, y sin embargo, Larra no callaba. En sus artículos se burlaba de todo el mundo. Censuraba el viejo que no hacía más que jugar ajedrez o billar, al joven tonto "que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros más filosóficos; que no conoce más ilustración que la suya....." (24) -- Aparecen en sus artículos los escribientes que no sabían escribir los mozos que no sabían servir, los actores que no sabían pronunciar, ni representar y que no tenían más memoria que la del apun

tador. Nadie se libraba de su lengua mordaz; ni el refundidor -- a quien le aconsejaba que "comenzase por refundir sus propios versos, que a la legua se distinguen de los de Moreto, entre los cuales deben estar en gran manera asombrados de hallarse en tan alta sociedad", (25) ni el autor de una comedia mala a quien le recordaba que para ser autor no bastaba ser escritor sino que era preciso ser escritor. Criticaba a los médicos, a los abogados y a los curas que vivían de los excesos de los demás. Censuraba la naturaleza entera, desde el mozo que sacaba los cubiertos del bollillo hasta el ministro cuyo talento consistía en hacerse el sondo.

Le chocaba a Larra la confusión de clases del siglo XIX. Le molestaba ver que nadie sabía ocupar su puesto. Encontraba en -- los cafés a los palurdos "que también toman su café como unas personas." (26) ¿Cuándo iban a aprender las clases ínfimas de la sociedad a reconocer su puesto? "Sea usted grande de España; lleve usted un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre y le detenga en la calle y le mánosee y empuer que su tabaco, y se le vuelva apagado." (27) Todos se creían unos. Se creían iguales y no lo eran. Larra señalaba la existencia de clases distintas en la naturaleza "donde no existen dos pueblos, dos ríos, dos árboles, dos hojas de un árbol iguales." (28) Tenían que existir también en la sociedad porque la cuna, la riqueza, el talento, la educación dividían a los hombres. Por eso, Larra al escribir La Nochebuena de 1836 empezaba con "yo y mi criado" -- explicando "por esta vez sacrifico la urbanidad a la verdad. Francamente, creo que valgo más que mi criado; si así no fuese, le -- serviría yo a él." (29) Pero si insistía Larra en la desigualdad de los hombres en la sociedad, era quien más luchaba por los mismos derechos políticos para todos los hombres. "Las instituciones políticas más perfectas serán aquellas que mejor garanticen a pobres y a ricos igualmente el ejercicio de sus respectivos derechos." (30)

Los hombres seguirían siendo desiguales en la sociedad a pesar del "frac, nivelador universal de los hombres del siglo XIX" (31) pero llegaría algún día la igualdad ante la ley, la igualdad de derechos.

Larra no desistió ni por un solo momento de atacar la sociedad porque creía que no era posible decir de ella todo el mal que se merecía. La suya fué una lucha sin fin contra esa sociedad de hipocresía y de mentiras, sociedad de máscaras. En cambio, le tenía lástima a los hombres que eran animales de poco escarmiento. Eran incorregibles. Repetían los mismos errores año tras año debido precisamente a su cualidad de seres humanos. Se destrozaban a sí mismos. Nadie quería creer sino en la experiencia personal. No había modo de convencerles. Desesperaba Larra porque llegó a creer que "la civilización le hará variar al hombre de ocupación y de palabras; de suerte es imposible. Nació víctima y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así debajo del dorado arte--són, como debajo de la rústica techumbre de ramas." (22) La felicidad no estaba al alcance de los hombres. Eran iguales los hombres ante la ley; iguales también en cuanto a su mala suerte, el pobre y el rico. El problema principal de los hombres quedaba sin solución. ¿Para qué seguir buscando solución si estaba convencido de que el hombre nunca adelantaría nada en cuanto a su felicidad? Tenía razón el criado de Larra al decirle, "Tú buscas la felicidad en el corazón humano y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra buscando un tesoro." (33) ;Qué descripción tan exacta la que hizo el criado de Larra! "Ente ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema." (34) Larra acababa de darse cuenta de toda su tragedia. Era víctima y verdugo a la vez. Era fuego pero se estaba quemando a sí mismo. Todo a su alrededor seguía intacto. Larra se había convencido que esa sociedad tan espantosa, tan horrible que veía y pintaba le era completamente ajena. Creía que se había desligado de ella y que se había librado de ella para siempre.

Larra no quería parecerse a los demás hombres. Quería ser mejor. Necesitaba superar a los demás. Pero triunfó la realidad del mundo. Desde Londres les escribió a sus padres. Se sentía tan solo, se veía tan pequeño. "En Madrid, adonde veía diariamente a mis amigos y amigas, donde era obsequiado y tenido en algo, esto mismo no me permitía estar siempre enteramente solo; por el contrario, mientras más me alejo, más objetos veo; pero como ninguno de ellos está ligado a mí, no sirven más que para recordarme que estoy solo; en una palabra, estoy en Londres cara a cara conmigo mismo, y este es el mayor trabajo que me podría suceder, porque, a decir la verdad, no me gusto gran cosa." (35)

Larra se había engañado a sí mismo. Con razón había repetido varias veces en su obra la cita tan conocida de Terencio, "homo sum et nihil humani a me alienum puto." (36) Había acabado su artículo La Sociedad con la frase siguiente. "Dichoso aquel que no es verdugo y víctima a un tiempo! ¡Pícaros, necios, inocentes! Más dichoso aún, si hay excepciones, el que puede ser excepción!" (37) Esto lo había escrito en enero de 1835. Tardó cuatro meses en reconocer la verdad, amarga para él como todas las verdades. Era un ser humano como todos los demás. Quiso ser la excepción y no lo era. Se vió reflejado en cada hombre cuyos defectos había censurado. No era nadie. Era un ser humano como todos los otros, con los mismos vicios, las mismas penas, los mismos defectos. En Londres se encontró cara a cara consigo mismo y le repugnaba lo que vió.

No podía vivir en la sociedad pero tampoco podía vivir consigo mismo. Y puesto que no había más que "dos modos de pasear: o solo o acompañado", (38) ¿qué iba a hacer? Rechazaba la misma sociedad que necesitaba. Larra colgó en su corazón un letrero que decía "Aquí yace la esperanza." (39) No le quedaba más remedio que acudir a lo único que no era quimera, el sueño. Y escogió un sueño eterno.

NOTAS

1. Larra, Artículos de costumbres, p. 187
2. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 212.
3. Larra, Artículos de costumbres, p. 154.
4. Ibid., p. 158.
5. Ibid., p. 187.
6. Larra, Artículos completos, p. 721.
7. Larra, Artículos de costumbres, p. 248.
8. Carmen de Burgos, Figaro, p. 170.
9. Larra, Artículos de costumbres, p. 146.
10. Larra, Artículos políticos y sociales. p. 147.
11. Ibid., p. 143.
12. Larra. Artículos de costumbres, p. 79.
13. Ibid., p. 59.
14. Ibid., p. 189.
15. Larra, Artículos completos, p. 234.
16. Ibid., p. 233.
17. Larra, Artículos de costumbres, p. 30.
18. Ibid., p. 157.
19. Larra, Artículos completos, p. 267.
20. Ibid., p. 273.
21. Ibid., p. 276.
22. Larra, Artículos de costumbres, p. 239.
23. Larra, Artículos completos, p. 263.
24. Larra, Artículos de costumbres, p. 177.
25. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 78.
26. Larra, Artículos de costumbres, p. 23.

27. Ibid., p. 176.
28. Larra, Artículos completos, p. 1078.
29. Larra, Artículos de costumbres, p. 267.
30. Larra, Artículos completos, p. 1099.
31. Larra, Artículos de costumbres, p. 163.
32. Ibid., p. 181.
33. Ibid., p. 267.
34. Ibid., p. 277.
35. Carmen de Burgos, op. cit., p. 176.
36. Larra, Artículos de costumbres, p. 118.
37. Ibid., p. 196.
38. Ibid., p. 181.
39. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 234.

UNA FIGURA ROMANTICA

Eseencialmente Larra es una figura romántica. Romántico en su actitud hacia la vida, romántico en su modo de sentir, fué fiel al romanticismo hasta en su muerte. Según Díaz Fernández "aquella generación arrebatada y triste" tenía "el anhelo ideal que les ha faltado a las posteriores. La tragedia del mundo se alojaba en su propio pecho y con ese huracán interior atravesaban la vida y hacían frente a la muerte. La vida tenía entonces un sentido: amar odiar, luchar y morir." (1) Esa fué precisamente la trayectoria de la vida de Larra. ¿Qué otro sentido podía tener la vida para Larra si en ella no veía más que las fórmulas? "Todo es fórmula en la vida. El militar es una fórmula: movimiento a compás, ruido monótono de armas; paradas y pasos militares en casos dados. ¿Qué es un abogado sino una colección de fórmulas? ¿Qué es un médico sino una fórmula aplicada al enfermo, que es otra fórmula? ¿Qué es la vida toda, en fin, sino una fórmula más larga y monótona que otras?" (2) Para combatir esa monotonía había que amar hasta la muerte, odiar hasta la muerte, y luchar hasta la muerte. En todas partes se descubría esa monotonía. Monotonía en los teatros--"pieza del célebre Scribe" o "pieza nueva del fecundo Scribe" o "comedia nueva en dos actos, traducida también del ingenioso Scribe". (3) Monotonía en los periódicos--"los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre." (4) Monotonía en la conversación--era la misma, la que se decía y la que se oía. Monotonía en los hombres--cambiaban las caretas pero las caras seguían iguales. Para colmo de sus males no veía en la vida sino "un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos". (5) Con razón alababa Larra la gran sabiduría de Dios en hacer corta la vida. Con razón le asombraba el apego que todo el mundo tenía a la vida.

No coinciden en la apariencia Larra y el escritor romántico que nos describe Ramón de Mesonero Romanos en su artículo El romanticismo y los románticos. El escritor romántico de Mesonero Romanos pensaba que la ropa debía reducirse a lo esencial porque estorbaba. En cambio, nos cuenta Carmen de Burgos que "el sastre Utrilla, que iba todos los años a Londres y a París, traía para él los mejores modelos, los más atrevidos. El sabía llevar como pocos hombres aquellas levitas cortas, entalladas, de poco vuelo, de cuellos largos, bien caídos sobre los hombros, con botones grandes, color Lord Grey, y los fraques de color, sin carteras, de faldones estrechos y cuellos semejantes a los de las levitas. Toda su ropa era siempre de última moda, lujosa, perfumada de rosa o de Witiber; En aquel tiempo en que aún se decía que los hombres debían oler a tabaco, a vino y a porquería y en que hasta personas de posición y educadas rechazaban los refinamientos, Fígaro los buscaba y los seguía estrictamente, no por vanidad ni ostentación, sino por aquel espíritu suyo de elección, tan pulcro y tan amante de la limpieza." (6) Este Larra tan elegante, siempre vestido con esmero, se asoma de vez en cuando en sus artículos. Este es quien, al tener que aceptar la invitación del castellano viejo, dijo, "Como yo conocía a mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir a comer; estoy seguro de que se hubiera picado; no quise, sin embargo, excusar un frac de color y un pañuelo blanco...."(7) Este es quien se enfureció al ver que "una criada toda azorada retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descende, como el rocío sobre los prados, a dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla." (8) Este es quien se sintió incómodo al verse "sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza." (9) También se revela a veces el Larra tan amante de la limpieza. Se quejaba de los cafés en España porque

"en todos no saben salir de mesas de pino pintadas, que no las habría peores en una taberna; cuya pintura se pega a los vestidos, sucediendo otro tanto con las sillas." (10) Es el mismo que criticaba las fondas porque "nos darán, en primer lugar, mantel y servilletas puercas, vasos puercos, platos puercos, y mozos puercos!" (11) Y ese mismo afán de limpieza es lo que le hizo reprocharle a un actor el haberse "presentado en su primera salida con guantes puercos y viejos." (12)

Lo que acabamos de describir es la careta de Larra. Debajo de la máscara del hombre elegante, aliñado, pulcro, hallamos al Larra verdadero, el Larra de los sentimientos, el hombre sensible la figura romántica. Azorín nos dice, "Hablamos al mentar a Larra, de sensibilidad, y eso es, en efecto, Larra entero: una sensibilidad, una sensibilidad agudizada, exaltada." (13) Parece que Larra, al describir a Macías en El doncel de don Enrique el doliente, lo hizo espejo en mano. "Era un mancebo que en caso de duda hubiera podido atestiguar con su propia persona la larga dominación de los árabes en Castilla. Su color era moreno, sus cabellos negros como el azabache; sus ojos del mismo color, pero --- grandes, brillantes y guarnecidos de largas pestañas: una sola -- vez bastaba verle para decidir que quien de aquella manera los -- manejaba era un hombre generoso, franco, valiente y en alto grado sensible. Un observador más inteligente hubiera leído también, - en su lánguido amartelamiento, que el amor era la primera pasión del joven. Su frente ancha, elevada y espaciosa, y su nariz bien delineada denunciaban su talento, su natural arrogancia y la elevación de sus pensamientos. Ornábale el rostro en derredor una - rizada barba que daba cierta severidad marcial a su fisonomía: su voz era varonil, si bien armoniosa y agradable; su estatura ga -- llarda." (12) Macías y Larra eran de "aquellos hombres en quienes el amor es siempre precursor de la muerte." (15) Dos hombres sen sibles: el retrato y el autorretrato.

El romanticismo de Larra no es romanticismo de forma sino de espíritu. La apariencia puede engañar; el espíritu no. La obra de Larra es una obra de pasión. En todo se ven huellas del amor, del odio, de la desesperación, de la tragedia, de la muerte. ¿Por qué les sorprendería a sus contemporáneos el suicidio de Larra si era tan obvio que iba a suceder? ¿Habrán pensado -- que Larra no era sincero? Porque el suicidio de Larra fué "triste, penoso fin, más irremediablemente, fatalmente inevitable; la entrevista trágica con la mujer amada, que precedió inmediatamente al desenlace, no hizo más que precipitarlo. Basta leer la -- serie de opúsculos admirables escritos en los últimos seis meses de su vida para quedar dolorosamente convencido de que sucedió -- lo que por fuerza tenía que suceder." (16) La obra de Larra huele a muerte--su propia muerte.

Según Angel del Río el romanticismo es "en lo espiritual: -- subjetivismo, pasimismo, duda, rebelión del individuo; supremacía de la pasión, el sentimiento, el instinto y la fantasía sobre la razón." (17) Expresando la misma idea Guillermo Díaz-Plaja menciona que el romanticismo "favorece el sentimiento por encima de la razón" y que es la "elevación de lo sentimental a un primer -- plano." (18) En el romanticismo prevalece el sentimiento; en la obra de Larra también. Pero este predominio del corazón sobre -- el cerebro no implica ausencia completa de ideas. Si esto fuera cierto entonces no podríamos incluir a Larra entre los románticos. Lo cierto es que el escritor romántico no nos da ideas desnudas. Siempre viste sus pensamientos con sus sentimientos. Esta pro-- yección del alma sentimental sobre las ideas es patente en Larra. En esto se parece al cazador que describe en uno de sus artícu-- los. El cazador es todo caza "porque la afición a la caza es co mo el amor, que donde está ha de dominar." (19) A Larra le pasa lo mismo. Donde está el sentimiento ha de dominar.

En Larra el sentimiento se refugia en sus artículos de pe--
riódico pero siempre se percibe. En una ocasión escribió Larra,
"Puedese prescindir de las acciones, variar la elección de ellas;
de las pasiones nunca, porque son nuestra organización; porque -
la pasión es el hombre mismo; porque la pasión es semejante al -
agua, que, comprimida por un lado, no vuelve escarmentada al ma--
natial de que partió, sino que trata de seguir su curso buscan--
do otra salida, y cerrada la segunda, otra y cien mil, hasta que
sale." (20) Larra reconocía la importancia de las pasiones y lo--
difícil que era contenerlas, pero nunca quiso sofocarlas porque,
a su parecer, eran lo que valía en la vida. Se fué de España en
1835 "volviendo frecuentemente la cabeza para dar una última ojea
da a esta patria donde había empezado a vivir, porque en ella -
había empezado a sentir." (21) Vivir, según Larra, era sentir. -

Por lo tanto, predomina el sentimiento en toda la obra de -
Larra. "En materias de teatro", escribía Larra, "olvidemos el --
frío raciocino y tengamos por cierto que el sentimiento es mejor
juez, aunque menos argumentador". (22) Por eso, cuando se trata--
de crítica teatral en Larra lo que vale es la crítica hecha a ba--
se de sentimiento. Por eso, Larra insistía en que la mejor es--
cuela literaria era "la del genio que no reconoce más maestro --
que la inspiración, ni más regla que el sentimiento y la verdad".
(23) Por eso, la alabanza más grande que le podía decir a un ac--
tor era que había hecho sentir. Pero donde más se destaca la in--
fluencia del sentimiento en Larra es en la crítica que hizo de--
Los Amantes de Teruel. Este artículo fué escrito por el hombre--
de pasiones. Fué el hombre dominado por ellas, quien escribió,-
"Si oyese repetir a sus oídos un cargo vulgar que a los nuestros
ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo; si -
oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor--
no mata a nadie, puede responder que es un hecho consignado a la U--
toria, que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad

en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado más cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate a todo el mundo) como matan la ambición y la envidia; que más de una mala nueva, al ser recibida, ha matado a personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aún será en nuestro entender mejor que a ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazón la respuesta no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se explican; los sentimientos se sienten." (24)

En noviembre de 1846 el padre de Larra le escribió una carta a su hermano diciéndole que "la muerte no debe intimidar a hombres como tú y yo, que sabemos de positivo que es dejar de sentir, y, de consiguiente, la cosa menos sensible." (25) Unos nueve años antes su hijo había pensado lo mismo al suicidarse. Únicamente la muerte le podía salvar de tantos sentimientos que se desbordaban de su cuerpo. Había llegado el momento de dejar de sentir.

"Sensibilidad irrefrenable, individualismo perceptor, rebeldía anárquica, corazón sobre cerebro." (26) Esto es romanticismo según Joaquín de Entrambasaguas. "Pero tal vez la tónica dominante en todo y sobre todo es el yoísmo; el afán cansado de enfocar el hombre el predominio de sí mismo sobre cuanto le rodea, dejando su huella personal en todo." Estamos de acuerdo. Esto sigue siendo romanticismo. Añade Entrambasaguas, "En la vida concebirá ésta de un modo original; se esforzará por ser el hombre peculiar interesante, singularísimo, y su yo y su triunfo serán el ser distinto de los demás." (29) Esto ya deja de ser romanticismo; es pseudo-romanticismo. Y esto es precisamente lo que distingue a Larra de la mayoría de los escritores de su tiempo. Larra no pertenecía al grupo de pseudo-románticos. No se esforzaba por ser distinto, ya lo era. Por consiguiente, esa voz de desesperación, de desolación, de amargura, de rebeldía no ha perdido su fuerza-

al pasar los años. La suya era una voz sincera. Esta sinceridad es lo que le da tanta vitalidad a la obra de Larra.

Tan fuerte era el predominio del yo en Larra que hasta se metía en lo que traducía. La traducción del artículo de Charles Didier, La España desde Fernando VII hasta Mendizábal lleva la nota siguiente, "Lo da a luz en castellano, con las variaciones que ha creído oportunos, D. Mariano José de Larra". Carmen de Burgos indica que en este artículo Larra "traduce con fidelidad mientras las ideas coinciden con las suyas; pero omite o añade, enmienda o contradice según su gusto; va haciendo la obra más intensa a medida que la traduce; la extracta, la condensa, imprime en ella el sello potente de su personalidad." (28) El escritor romántico no podía callar; necesitaba dejar oír su voz.

Según Pío Baroja, "en toda la obra entera, que cuando vale algo es una autobiografía larga, el disimulo es imposible, porque allí donde menos lo ha querido el hombre que escribe, se ha revelado." (29) La obra de Larra, vista en conjunto, tiene mucho de autobiografía. En ella dejó Larra huellas personales vivas y profundas. Al escribir cada artículo era como si se deshiciere de una parte de sí mismo. Por eso, se encuentran en su obra todos los pedazos de su vida, su corazón, sus ensueños, sus tragedias. Hay que saber buscar en su obra para entresacarlos. Cuesta trabajo lograrlo porque Larra no se da a conocer fácilmente. En esto se parece a España que no se conoce "ni a primera ni a segunda vista." (30) Pero el esfuerzo vale la pena porque al juntar los pedazos podemos reconstruir el autorretrato del escritor y del hombre, dos seres inseparables como lo demuestra la cita siguiente. "Ya soy Fígaro. Todo el mundo sabe quién es Fígaro, y por si acaso alguien lo ignora, añadiré que Fígaro y Mariano José de Larra son tan uña y carne como el diputado Argüelles y la Constitución del año 12, y que no se puede herir al uno sin las-

timar al otro. Juntos vivimos, juntos escribimos y juntos nos reímos de ustedes, de los demás y de nosotros mismos." (31) Descubrimos un autorretrato romántico. Contemplamos a Larra en su choque dramático y angustioso con España, con la sociedad, con la vida y consigo mismo. Vemos al hombre que siente la necesidad de variar de todo--de nombre, de periódico, de casa. Le hace -- falta el movimiento continuo para producir la ilusión de escapar de todo. Pero la ilusión es cosa del momento. Pasa y sigue el choque que le conduce a la decepción, a la desesperación, y al suicidio.

La desesperación romántica de Larra es la del hombre que habla sabiendo que nadie le va a oír, la del que grita socorro y ve que nadie acude a salvarle. Es la amargura del hombre que ve la inutilidad de todos sus esfuerzos. Azorín ve en Larra "el -- gran romántico, grande no por lo vistoso, no por el color, como el duque de Rivas, no por la cadencia, como Zorrilla, no por el ímpetu como Espronceda, sino en cuanto a profundidad." (32) Enrique Piñeyro opina que el romanticismo español "sólo cuenta entre sus prosistas a Larra como escritor de primer orden." (33)- Larra es uno de los valores más altos del romanticismo español -- por la fuerza de su pasiones, por su concepto pesimista de la -- vida y del mundo, por su obra atormentada. Es una de la figuras cumbres del romanticismo español por su vida, su obra y su muerte.

NOTAS

1. José Díaz Fernández, El nuevo romanticismo, p. 22.
2. Larra, Artículos completos, p. 623.
3. Larra, Artículos de costumbres, p. 184.
4. Ibid., p. 182.
5. Ibid., p. 180.
6. Carmen de Burgos, Fígaro, p. 226.
7. Larra, Artículos de costumbres, p. 79.
8. Ibid., p. 87.
9. Ibid., p. 87.
10. Ibid., p. 10.
11. Ibid., p. 139.
12. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 207.
13. Azorín, Artículos de costumbres de Larra, P. 11.
14. Larra, El doncel de don Enrique el doliente, p. 60.
15. Ibid., p. 124.
16. Enrique Piñeyro, El romanticismo en España, p. 5.
17. Angel del Río, Historia de la literatura española, p. 55.
18. Guillermo Díaz-Plaja, Introducción al estudio del romanticismo español, p. 87.
19. Larra, Artículos de costumbres, p. 264.
20. Larra, Artículos completos, p. 503.
21. Ibid., p. 1135.
22. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 73.
23. Ibid., p. 191.
24. Ibid., p. 270.
25. Carmen de Burgos, op. cit., p. 31.
26. Joaquín de Entrambasaguas, La determinación del romanticismo español, p. 15.
27. Ibid., p. 18.
28. Carmen de Burgos, op. cit., p. 151.
29. Pío Baroja, Juventud, egolatría, p. 10.
30. Larra, Artículos de costumbres, p. 92.
31. Larra, Artículos políticos y sociales. p. 244.
32. Azorín, op. cit., p. 13.
33. Enrique Piñeyro, op. cit., p. 1.

EL ESTILO LITERARIO DE LARRA

"El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oídas, sino en eternizar, en formular las verdades más sabidas;..... el ingenio no está en el asunto sino en el autor que le trata." (1) Este ingenio que encuentra Larra en Tirso de Molina, Shakespeare, Goethe, Cervantes, Molière, y Balzac es lo que ha salvado la obra de Larra del olvido. Es lo que no ha permitido que la obra de Larra quede sepultada entre los números del Español o del Redactor General o de tantos otros periódicos de su época. A Larra le pueden tachar el haber sido afrancesado, aunque no lo fué. Le pueden tachar el haber sido misántropo, aunque tampoco lo fué. Pero nadie se atrevería a tacharle la falta de ingenio.

La sátira ocupa un lugar importantísimo en la obra literaria de Larra. Sobresale la maestría con que el autor maneja un género, a su parecer, tan delicado y tan difícil. Larra es el escritor satírico que nos describe en su artículo De la sátira y de los satíricos "como la luna, un cuerpo opaco destinado a dar luz, y es acaso el único de quien con razón se puede decir que da lo que no tiene. Ese mismo don de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son, y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso suele ser su tormento." (2) En el mismo artículo indica el talento especial que necesita tener quien aspira al nombre de escritor satírico. Volvemos a reconocer a Larra quien siempre huye de las apariencias y por eso se dedica a arrancar máscaras. "Ha de poseer suma perspicacia y penetración para ver en su verdadera luz las cosas y los hombres que le rodean, y para no dejarse llevar nunca de las apariencias, que lo cubren todo con su barniz engañoso; profundo por carácter y por estudio, no ha de detenerse jamás en la superficie, sino desentrañar las causas y los resortes más recónditos del corazón humano." Además necesita "añadir a su

clara vista el arte no menos importante de decir." (3) De nuevo -- repite Larra la idea con que principiamos este capítulo. El ingenio consiste en saber expresarse.

"Bien se deja conocer que la lengua es para un hablador lo -- que el fusil para el soldado; con ella se defiende y con ella mata. Tengamos, pues, prevenidas, y en el mejor estado posible, -- nuestras armas, y démosles a este fin un limpióncito de cuando en cuando."(4) Así pensaba el Pobrecito Hablador, dedicándose a pulir sus armas. Pero los habladores no son inmortales y el Pobrecito Hablador murió, como lo había adivinado, por la lengua. Poco después apareció Fígaro con "alma de barbaro; bacía debajo del brazo, como tienen la cabeza la mayor parte de las gentes que en vida y en muerte traté; y navaja en mano, buscando barbas que hacer, como tienen el estilo los más de los oradores del día; pásaseme el sustantivo por adjetivo en la actual confusión de cosas, -- para que puede haber juego de palabras, juego inocente en un país donde se juega a la bolsa y a las conspiraciones descubiertas."(5) Si el Pobrecito Hablador había tenido una lengua mordaz, Fígaro, -- habiendo presenciado la muerte de su antecesor, ya era un hombre experimentado. Se presentó preparado para la lucha "navaja en -- mano".

Larra comprende el valor de las palabras, de las palabras en conjunto y de cada palabra suelta. Las suyas son palabras afiladas que hacen más que morder; hieren, cortan. Son palabras exactas que siempre dan en el blanco.

A veces Larra saca un artículo entero de una palabra o de -- una expresión. Como si no existiera otra, la repite y la vuelve a repetir. Al dejar de leer estos artículos, se oye todavía el -- eco. Es un eco que perdura, que no se pierde nunca. En Larra -- la palabra o la expresión repetida llega a alcanzar una vitalidad inesperada. "Vuelva usted mañana" deja de ser una expresión común

y corriente. "Vuelva usted mañana" es la inercia del español, la falta de acción, los pretextos para no trabajar. Es todo lo que se queda en el aire, sin acabar. La Pesadilla política de Larra se expresa con una palabra también, "cuasi". Esa palabra representa todo el siglo XIX--todo a medio hacer y nadie se decide a corregirlo. Larra repite la palabra "cuasi" hasta que siente que la palabra le está ahogando. Pero ni siquiera entonces la suelta. Grita, "Dejadme respirar, por Dios, estoy cuasi mareado!" (6) Otra expresión muy útil es "por ahora", "la espada de Alejandro que corta todo nudo gordiano; la panacea universal, que templatodos los dolores. Buena jornada habríamos echado si no pudiéramos contestar a todo: Por ahora." (7) La libertad, por ahora no conviene; garantías, por ahora no. Larra vuelve a agarrarse de una expresión y con ella cierra su artículo. "Limitámonos por ahora a probar que como hay cosas buenas entre nosotros, hay -- palabras que parecen cosas, y palabras buenas que nos dan por -- buenas palabras. Que las voces por ahora son las primeras de este género, y si bien se mira, bastante hemos dicho por ahora." (8)

"Vuelva usted mañana", "cuasi", "por ahora", según Larra, son palabras blandas que se adaptan a cualquier situación. Igualmente blandas son las palabras "uno más". ¿Qué importancia se le puede dar a don Carlos si es solamente "un faccioso más". "Que se ha aumentado la facción; que tenía mil hombres el año pasado-- y que éste tiene veinte mil..... ¿qué es eso, amigo mío? Biencontado, nada: diez y ocho mil facciosos más..... Y que te --- ahorcasen a tí, por ejemplo, ¿y qué sería esto? Comparado con -- la inmensidad del universo, nada: un ahorcado más en el mundo. -- Que no tenéis dinero; ¿y qué es eso? Nada: una miseria más." (9) En otro artículo se pregunta Larra ¿Qué hace en Portugal Su Majestad? La respuesta es, "Hace castillos en el aire, hace tiempo, hace que hace, hace ganas de reinar, hace la digestión, hace antesala en Portugal, hace oídos de mercader, hace cólera, hace-

reír, hace fiasco, hace plantones, hace mal papel, hace ascos a las balas, hace gestos, hace oración, se hace cruces. ¿Hace o no hace? Es el hombre más activo; siempre está haciendo algo."-(10) Después de leer lo anterior ya no es posible olvidar a Su Majestad y sobre todo, lo que hace.

Sorprende ver que la repetición en la obra de Larra no disminuye la fuerza de la palabra. También sorprende ver que nunca se vuelve monótona. Al contrario, la palabra repetida cobra --- fuerza cada vez que la usa. Con gran habilidad Larra escoge primero las palabras adecuadas. Son palabras sencillas, que en sí no parecen tener importancia alguna. Parece increíble que con las expresiones "por ahora", "uno más", "vuelva usted mañana", - expresiones tan comunes, se pudiera escribir algo que valiera la pena. Sin embargo, el periodista crea con ellas unos artículos- admirables. Para Larra son expresiones mágicas.

A menudo Larra se sirve de la antítesis. Contrapone frases o palabras de contraria significación para lograr el efecto satírico que busca. Larra no encuentra "qué relación puede existir- entre un calavera y una calavera. ¡Cuánto exceso de vida no supone el primero! Cuánta ausencia de ella no supone la segunda!"-(11) En otro artículo Larra ve unos facciosos fantasmas. "--Qué hacemos aquí?--gritaban unos. --¿Qué hemos hecho?--clamaban --- otros. --¿Qué haremos?--pensaban los más. --¿Qué nos harán?-- añadían algunos. Estas fantasmas están adelantadas, dije yo para mí; ahora se andan en las conjugaciones; mejor les fuera contentarse con declinar."(12) Si los facciosos merecen la sátira- de Larra, también la merece una comedia nueva titulada El ensayo por ser "larga, como si tuviera efectivamente tres actos, y tan- escasa de cosas como si efectivamente no tuviera más que uno."-- (13) Tampoco son perfectas las fondas. Larra recuerda una fonda en Badajoz llamada Las Cuatro Naciones. "Menos naciones y me

por servicio, puede uno decir al salir de ella." (14) Asiste a una obra teatral mala que termina con la muerte de la madre. Larra sugiere, "acaba por matarse, que es, en nuestro sentir, por donde debiera haber principiado." (15) En el teatro también abundan los actores malos. "Pelayo, que supo sobrevivir a la ruina de España; Pelayo, a quien no pudo rendir la invasión árabe; Pelayo ha venido a sucumbir bajo los esfuerzos del señor Puchol." (16) Al acabar de leer Paris, una colección de artículos de costumbres de los Ciento y uno, Larra queda asombrado ante "el cuadro más vasto, el monumento más singular, ¿lo diremos de una vez?, la obra más grande que a cosas pequeñas han levantado los hombres... Imposible era que ciento y un hombres escribiesen todos igualmente bien; pero era difícil presumir que fuesen tantos los que escribiesen mal." (17) La nota satírica llega a incluir a las criadas y a los zapateros. El empleado va a la plaza en persona "no porque no tenga criada, sino porque el sueldo da para estar servido, pero no para estar sisado." (18) "El zapatero de viejo es el único que se embriaga todos los días; ésta es la clave de la paliza diaria; el vino, que en otros se sube a la cabeza, en el zapatero de viejo se sube a las espaldas de la mujer; es decir, que se trasiega". (19) Podríamos seguir enumerando ejemplos de este procedimiento satírico en Larra. Hay tantos. En todos sobresale el ingenio del autor, en quien nunca falta la palabra exacta para su sátira mordaz.

Larra se dedica a desenmascarar a los hombres, a descubrir como son los hombres verdaderamente. Por eso, abundan en su obra las comparaciones en que vemos unas figuras que por de fuera tienen la apariencia de hombres pero al acercarnos a ellos nos damos cuenta de son animales disfrazados de hombres. Así es el ministerial. "Es mona por una parte, de suyo imitadora: vive de remedo. Mira al amo de hito en hito. ¿Hace un gesto?, miradle reproducido como en un espejo en la fisonomía del ministerial.Es papagayo por otra parte. Palabra soltada por el que le enseña, palabra repetida..... Es cangrejo porque se vuelve

atrás de sus mismas opiniones francamente; abeja en el chupar, -- reptil en el serpentear.....; y seméjase, en fin, por lo mismo al camello en poder pasar largos días de abstinencia; así es -- que en la votación más decidida álzase el ministerial y exclama:-- Me abstengo."(20) Así es el castellano viejo, dueño de esa "gran mano pegada a un grandísimo brazo", que, echándole a Larra las manos a los ojos, le grita, --Quién soy? "Un animal--iba a responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales, --Braulio eres--le dije." (21)

Larra sigue arrancando máscaras. El hombre que se volvió -- animal de pronto ni es animal; es planta. Entre los calaveras -- que describe Larra se halla "el viejo-calaver.., planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes."(22) Encontramos en la obra de Larra un artículo dedicado a la "historia natural", La planta-nueva o el faccioso, planta que apareció en España a la muerte de Fernando VII. En este artículo se nota otra característica del -- estilo de Larra. Amontona comparaciones, pero con cada comparación añade algo distinto. No se repite; no resulta monótono. De este modo trata al faccioso. " El faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo como la sensitiva -- al irle a echar mano; se encierra y esconde como la capuchina a -- la luz del sol, y se desparrama de noche; carcome y destruye como la ingrata hiedra el árbol a que se arrima; tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústadle, -- sobre todo, las tapias de los conventos, y se mantiene como esos frutos, de lo que coge a los demás;..... Pica como la cebolla y tiene más dientes que el ajo, pero sin tener cabeza."(23)

Pero la planta tiene vida. Los hombres que Larra ve llevan caretas de yeso. Son insensibles, inmóviles, incapaces de pensar. No son seres humanos; son cosas, objetos inanimados, nada más. -- Aquí es donde Larra acaba de deshumanizar a los hombres. Les --- quita lo humano, cualidad que, según el, deberían tener, pero-

que no tienen y que no merecen tener. Si sobreviven a esa deshumanización es porque el ingenio de Larra les infunde una nueva vida literaria. Al pintar al hombre que le sirvió de cicerone en Mérida, el escritor demuestra esta deshumanización. "Mi cicerone era una verdadera ruina, no tan bien conservada como las romanas; sus piernas se plegaban en arco, como si el paso de la cabeza hubiese sido por mucho tiempo oneroso a la base del edificio.....
.....La cara hubiera dado lugar a las más graves investigaciones de una academia; semejante a una moneda largo tiempo enterrada, y tomada a trechos del orín y de la tierra, sus facciones estaban medio borradas, y ora parecían letras en estilo lapidario, era vistas a otra luz asemejaban algo un rostro maltratado por la intemperie o la incuria de sus guardianes..... Sus dientes eran almenados, y la posición inclinada del cuerpo todo, fuera, al parecer, del centro de gravedad, le hacía parecer una pared -- que comienza a cuartearse, cuyas grietas hubiesen sido la boca y ojos, me trajo a la memoria la célebre torre de Pisa."(24) Donde más claramente se revela esta tendencia en Larra es en su artículo La Nochebuena de 1836. Este procedimiento le sirve para escribir la descripción siguiente. "Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto, es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; a imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están a uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una consola, de adorno, o como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! Apesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad....."(25) ---

Este aspecto del estilo literario de Larra nace de la amargura y de la desesperación que siente el autor al contemplar la humanidad.

Larra que no puede dejar ni por un solo momento de sentir la tragedia y los problemas de España lleva esta preocupación a su estilo literario. Por lo tanto, hallamos en su obra gran cantidad de comparaciones hechas a base de la España que conoció el autor. ¿Que tiene que ver la ópera con la política española? Al parecer, nada. Sin embargo, Larra las junta. "La orquesta estuvo tan disorde y llena de contradicciones como nuestra legislación; las comparsas estaban en el ala a manera de adornos paralelos, que nunca han de encontrarse, y tan separados los sexos como liberales y carlistas."(26) La melancolía que siente Larra el día de Difuntos es de aquellas "de que sólo un liberal español en esta circunstancias puede formar una idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía: un hombre que cree en la amistad y llega a verla por dentro, un inexperto que se ha enamorado de una mujer, un heredero cuyo tío indiano muere de repente sin testar, un tenedor de bonos de Cortes, una viuda que tiene asignada pensión sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones, un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto..... son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que a mí me acosaba, me oprimía y me abrumaba en el momento de que voy hablando."(27) A través de la melancolía de Larra se transparenta la tragedia de España. También se nota en la cita anterior lo que ya hemos indicado en otra parte--una serie de comparaciones que sirve para subrayar una idea o un sentimiento. En el mismo artículo Larra se compara con el pueblo español. "Ora sepultaba las manos en mis faltriqueras, a guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español y mis dedos otros gobiernos, ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase más esperanza que en él, ora-

la bajaba avergonzado como quien ve un faccioso mas....."(28) -- En otra ocasión al explicar por qué su segunda carta llegó antes de la primera dice, "En España solemos empezar por lo último, -- dejándose lo principal en el tintero, y pensar que yo solo me he de salir del camino trillado es pedir peras al olmo, o lo que es lo mismo, libertad a un ministerio; es buscar cotufas en el golfo; más claro, por si no entiendes este refrán, es buscar una -- sentencia de muerte en causa carlista."(29) Estas comparaciones demuestran que Larra se aprovecha de todas las ocasiones para -- satirizar el gobierno español.

"Ni son todas las épocas iguales; y maneras de decir que en un siglo pudieran ser no sólo permitidas, sino lícitas, llegan a ser en otro chocantes, cuando no imposibles. Esta es la razón -- por que el satírico debe comprender el espíritu del siglo a que pertenece."(30) Esto lo escribe Larra en una época en que "con-- respeto a talle, la gran moda es estar muy oprimido, tan estre-- cho que apenas se puede respirar."(31) Por lo tanto le hace fal-- ta desarrollar un estilo satírico adecuado que no choque con esa moda tan estrecha. Entonces es cuando descubre que sí sirve la alabanza. Reconoce que hay que ser hipócrita en ocasiones. Es-- su manera de respetar la nueva moda. Larra comienza a alabar o-- a decir las cosas al revés. Aún así fácilmente se adivina el to-- no de voz que les ha quitado a sus frases. A veces el censor -- también lo adivina pero es el riesgo que corre el autor. ¿Quién-- no advierte toda la sátira que encierran estas frases? "Vaya, -- pues haciendo nuestro ilustrado Gobierno de las suyas, que con-- forme ellas vayan saliendo, nosotros se las iremos alabando."(32) "Una cosa aborrezco, pero de ganas, a saber: esos hombres natural-- mente turbulentos que se alimentan de oposición, a quienes ningún gobierno les gusta, ni aun el que tenemos en el día;..... esos hombres que quieren que las guerras no duren, que se acaben pron-- to las facciones, que haya libertad de imprenta, que todos sean-- milicianos urbanos..... Vaya usted a saber lo que quieren -- esos hombres. ¿No es un horror?"(33).

Al mismo tiempo Larra se entera de que el reglamento de censura que no prohíbe la alabanza tampoco prohíbe la crítica teatral. Por consiguiente Larra les hace esta advertencia a los censores, "Entienda la censura algún día que cuando escribimos de teatros, sólo de teatros escribimos, y que el satírico, el que hace daño al señor presidente del Consejo de Ministros, no es el escritor de teatros, sino el censor que le aplica la alusión." (34) Hecha esta advertencia, la sátira de Larra se refugia también en el teatro. Después de leer esta profesión de fe de Larra nos ponemos a ver un artículo de crítica teatral. Se trata de la tragedia Numancia. En el primer párrafo Larra alaba el reglamento de censura porque no prohíbe hablar de Numancia. "No se puede hablar de otras cosas, es verdad, pero todo no se ha de hablar en un día. Por hoy, que es lo que más urge, ¿quién le impide a usted estar hablando de Numancia hasta que se pueda hablar de otra cosa?" Con esto, pasa a criticar la obra. "Mucho nos gusta a los españoles la libertad, en las comedias sobre todo. Innumerables fueron los aplausos: tan completa la ilusión, y tantas las repeticiones de libertad, que se olvidaba uno de que estaba en una tragedia. Casi parecía verdad." (35) Si la censura le preguntara al autor, "Y la tragedia en que estaba el público era Numancia o era España?", Larra podría, sin mentir, contestar, "Yo no he dicho nada. La alusión es del censor, no mía."

Puesto que el reglamento de censura tampoco prohíbe los artículos de física, Larra escribe El hombre-globo, un artículo repleto de alusiones políticas. Pero es tan hábil, que al terminar este estudio de los hombres sólidos, líquidos y gaseosos puede decir "Mi objeto no ha sido más que pintar al hombre-globo de nuestro país: un artículo de física no puede ser largo; si fuera de política sería otra cosa." (36) De nuevo les advierte a los censores que su artículo no tiene alusiones políticas. Repite lo mismo en otros artículos, La alabanza o que me prohíben éste, Lo que no se puede decir, no se debe decir, Conociendo a Larra, se puede tener

la seguridad de que cuando más enérgicamente protesta que no alude, es precisamente cuando más alusiones lleva el artículo.

En el estilo literario de Larra se destaca otro rasgo, el de combinar en una frase la alabanza y la censura. De este contraste nace la fuerza de su sátira en muchas ocasiones. Nos cuenta de una fonda nueva que "lo que nunca podrá perder será el servicio." Por fin, pensamos, ha tropezado con una fonda buena. Pero en Larra es preciso leer la frase completa antes de decidir el tono. La frase sigue, "la fonda nueva no reducirá nunca el número de -- sus mozos". Todavía sigue la impresión de alabanza. Y termina -- "porque es difícil reducir lo poco."(37) Al llegar a este punto se acaba la alabanza. La idea cambia por completo. Le preguntan a Larra si el gobierno español es representativo. Contesta, usando el mismo procedimiento, "Todo es aquí representativo. Cada liberal es una pura y viva representación de los trabajos y pasión de Cristo, porque el que no anda azotado, anda crucificado..... Cada español, por otra parte, representa un triste papel en el -- drama general, y toda nuestra patria misma está a dos dedos de representar el cuadro del hambre.... Todo es, pues, pura representación."(38) Hay un cambio brusco en la cita anterior y lo representativo se vuelve representación. Otra vez surge la tragedia -- de España. Con una de estas alabanzas se burla del señor don Clemente Díaz, "autor tan famoso en las edades futuras; porque es de advertir que si quiere llevar tan alto epíteto, sólo de esa manera ha de ser, pues que ni ya lo fué en los tiempos pasados, ni menos lo es en los presentes."(39) Del mismo modo destroza a un -- mal actor. "El señor Lombía, encargado de hacer el loco, lo ha -- hecho con tal verdad y desatino que muchas veces hemos llegado a dudar de veras si sabía lo que hacía."(40) Unas palabras bien escogidas, y el elogio se desvanece. En su lugar queda una sátira cortante. Larra es Fígaro, el barbero. Siempre trae navaja aunque a veces la trae escondida. Por lo tanto, hay que temerle mu-

cho más cuando se asoma a sus labios la alabanza. La suya es hipócrita. Es una alabanza llena de púas.

¿Por qué llamará Carmen de Burgos a Larra el "Voltaire español"? Si es necesario hacer comparaciones--aunque, a nuestro parecer, le basta el nombre de Fígaro, le basta su propia personalidad-- la influencia que más se revela en la obra de Larra es la de Quevedo. ¿No sería mucho más adecuado llamarle el "Quevedo del siglo XIX"? En la obra de Quevedo y en la de Larra encontramos la misma sátira cruel. Los dos entienden el valor satírico de cada palabra. Ambos manejan la lengua española como si fuera un puñal. Les sirve para herir. Por eso, ninguno de los dos escribe obras-jocosas. Se puede señalar el gran interés que Larra tuvo por Quevedo. Este interés se revela en la cantidad de veces que aparece el nombre del gran satírico español en los artículos de Larra. -- También hay que recordar que Larra tenía el proyecto de escribir una obra teatral inspirada en la vida de Quevedo. El artículo de Larra, Los tres no son más que dos, y el que no es nada, vale por tres, que es, según el autor, una "mascarada política", es una sátira quevedesca, parecida a los Sueños. El autor ve la política-española como si fuera un baile de máscaras porque en política todo el año es Carnaval. Entra en un salón "adornado por el orden-antico-moderno; toda la parte alta, gótica; góticas la paredes y-ventanas; el mueblaje y adorno bajo, del último gusto." (41) La máscara parece moderna pero la cara sigue siendo antigua. Larra ve tres comparsas, o por lo menos, parecen ser tres. "La menos-numerosa era compuesta toda de viejos--; rara aparición!--, pero gordos y robustos; para hacer gente y engruesarse iban derramando su dinero con todo sigilo, como si fuese mal adquirido y peor-conservado; pero a cada moneda que daban--; cosa rara!--perdían --carnes y fuerzas. Toda esta comparsa andaba hacia atrás, para lo cual traían la cabeza y los pies vueltos al revés, que hacían rara figura." (42) Los de la segunda comparsa" no andaban, sino corrían; todo eran piernas. Bailaban todos a una y hacían los mis-

mos pasos: encogíanse los altos, empinábanse los bajos; todo su prurito era andar iguales, al menor desnivel había gira y algarazza..... Estos no repartían dinero, sino periódicos."(43) El resto de la concurrencia que era la mayoría era "gente pasiva y estacionaria,..... Estos no decían nada; ni aplaudían ni censuraban; traían caretas de yeso; miraban a una comparsa, miraban a otra, y cra temblaban, ora reían. En realidad no hacían cuenta con su jefe; éste era el que contaba con ellos, es decir, con su inercia. En una palabra, parecían tres las comparsas y no eran más que --- dos."(44)

Quevedesco es el estilo literario de Larra. Como Quevedo, - Larra exprime cada idea, cada palabra hasta sacarle todo el provecho posible. Se trata de una fonda llamada la Grande Océano. Larra nos dice, "Efectivamente, un día solo que me metí en ella a - comer tuve para mucho tiempo que arrepentirme de haberme engolfado tan imprudentemente y sin saber nadar en un plato decorado a - la aguada, de que me ví negro para salir, sin tener siquiera un - tajada a que agarrarme para ponerme en tierra firme."(45)

Quevedesco, también es Larra en su modo de describir, como - se ve en la descripción que sigue del hombre menguado. "Era el --- sombrero redondo, o lo había sido, alto de copa, y tan alto que --- más que sombrero parecía escraza; la cabeza chica y achatada por - delante y por detrás, más a guisa de plato que de cabeza; podría - caber en ella todo lo más una idea, y esa no muy grande; los ojos como la intención, atravesados y hundidos."(46) Sus descripcio-- nes no son de esas descripciones minuciosas, y detalladas de don - de se podría sacar una fotografía exacta. La descripción se redu - ce a unos rasgos que sirven para hacer resaltar alguna caracterís - tica. Sería imposible sacar un grabado o un retrato del hombre - menguado para ilustrar un libro costumbrista como, por ejemplo, - Los españoles pintados por sí mismos. En cambio, sí saldría un - Capricho de Goya, Esto es lo que hace Larra al pintar un birlocho alquilado. "Dos horas después ya estaba a la puerta de mi casa - un birlocho pardo con varias capas de polvo de todos los días y -

calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y aun yo tuve para mí que lo debían de sacar en los días de aire a tomar polvo para que le encubriese las manchas que tendría. Que las ruedas habían rodado hasta entonces no se podía dudar; que rodarían siempre y que no harían rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestión; que el caballo había vivido hasta aquel punto, no era dudoso; que viviría dos minutos más eso era precisamente lo que no se podía menos de dudar cada vez que tropezaba con su cuerpo, no perecedero, sino ya perecido..... Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servía, y entre la vida del caballo y la suya no se podía atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellón; por lo mal comidos, por lo estropeados, por la poca vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ambos entes irracionales se notaba, hubiera creído cualquiera que eran gemelos, y que no sólo habían nacido a un mismo tiempo, sino que a un mismo tiempo iban a morir. Si andaba el birlocho era un milagro; si estaba parado, un capricho de Goya."(47) Este birlocho que describe Larra no es el único Capricho de Goya que encontramos en su obra. Hallamos muchos porque Goya y Larra pintan las mismas cosas--los vicios, los defectos, el horror, la desesperación--uno con pincel, el otro con pluma.

A nuestro parecer, se ha exagerado indebidamente la importancia de la crítica teatral en Larra. No estamos de acuerdo con Piñeyro quien señala la imparcialidad y la habilidad del crítico-literario. "Muerto Larra, no hubo en España juez literario tan sagaz ni tan asiduamente consagrado al ejercicio de la crítica."(48) El estilo satírico-trágico que le da tanto valor a la obra de Larra decae en sus artículos de crítica teatral. En primer lugar se queda casi siempre en la superficie. Censura la empresa teatral; censura a los actores por su modo de pronunciar, su vestuario, su actuación, su falta de memoria. Cuenta el argumento señalando lo bueno y lo malo pero rara vez pasa de la apariencia. Se halla una cortesía, tan rara en Larra, en su crítica de los auto-

res. Analicemos su crítica de Contigo pan y cebolla. Empieza -- con un elogio del propósito del dramaturgo. Pasa a contar el ar-- gumento. Siguen los elogios que casi nunca faltan en estos artí-- culos. "Ya puede inferir el lector qué de escenas cómicas ha te-- nido el autor a su disposición. El señor Gorostiza no las ha -- desperdiciado: rasgos hemos visto en su linda comedia que Molie-- re no repugnaría, escenas que honrarían a Moratín." Tras los -- elogios aparecen los defectos. "Después de haber tributado el de-- bido homenaje de elogios que de nuestra pluma reclamaba imperio-- samente la divertida comedia del señor Gorostiza, ¿nos será permi-- tido indicar algunos de los defectos de que rara obra humana con-- sigue verme completamente purgado?"(49) Los defectos enumerados, vuelve el elogio. "A pesar de estas observaciones, que no pode-- mos menos de hacer, nos complacemos repetir que es mayor la suma de las bellezas que la de los defectos de la comedia."(50) Ese-- es el método que sigue en la mayoría de sus artículos de crítica teatral.

Carmen de Burgos también menciona que aunque "la crítica -- teatral es uno de los géneros que más pronto pasan de actuali--- dad..... la crítica teatral de Larra se lee siempre y siem-- pre interesa. Es su manera de elevar todos los asuntos."(51) - Desde luego, hay momentos en que brilla el ingenio del autor. - Encontramos unas frases admirablemente hechas. Pero esta impre-- sión es una impresión fugaz, del momento nada más.

No queremos quitarles a estos artículos cierto valor docu-- mental que sí tienen porque, a través de ellos, vemos el teatro-- español de la época. Pero tampoco es justo darles un valor lite-- rario que no merecen tener. En todo encontramos excepciones. En la crítica teatral de Larra también las hay. Los artículos que-- valen son los artículos llenos de digresiones, que apenas tienen que ver con el teatro, artículos que le sirven de pretexto al au-- tor para expresar lo que más le preocupa, su censura de la humani-- dad, de España y de sí mismo. Estos son los artículos que llevan-- el sello de la personalidad de Larra; son artículos en donde el Aut

se proyecta con sus preocupaciones y sus pasiones. Por eso, Los Amantes de Teruel, es de los artículos más conocidos y más citados. Lo que le da su vitalidad no es la crítica de la obra sino la proyección de las pasiones del autor. Su vitalidad proviene del último párrafo del artículo en que, juntando la tragedia de los amantes de Teruel con la suya, Larra nos convence que el --- amor sí puede matar. El artículo termina con una frase incomparable e inolvidable por su fuerza y su sencillez. "Las teorías, las doctrinas, los sistemas se explican; los sentimientos se -- sienten."(52) La mayoría de estos artículos de crítica teatral pasarán al olvido pero éste perdurará.

Repetimos con Lomba y Pedraja, "A nuestro parecer, de la -- pluma de este escritor y no de otra alguna salió la prosa españo la de más quilates, literariamente considerada, de cuantas se es cribieron en la primera mitad del siglo XIX."(53) La calidad de su prosa, sobria y vital, es lo que distingue a Larra de su contemporáneos. Su sátira, aguda e ingeniosa, le sitúa entre los - grandes satíricos españoles.

NOTAS

1. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 262.
2. Ibid., P. 187.
3. Ibid., p. 180.
4. Larra, Artículos completos, p. 1094.
5. Ibid., p. 278.
6. Ibid., p. 275.
7. Ibid., p. 256.
8. Ibid., p. 257.
9. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 112.
10. Ibid., p. 82.
11. Larra, Artículos de costumbres, p. 224.
12. Larra, Artículos completos, p. 1071.
13. Ibid., p. 616.
14. Ibid., p. 1140.
15. Ibid., p. 485.
16. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 81.
17. Ibid., p. 216.
18. Larra, Artículos de costumbres, p. 252.
19. Ibid., p. 253.
20. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 100.
21. Larra, Artículos de costumbres, p. 76.
22. Ibid., p. 237.
23. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 62.
24. Larra, Artículos completos. p. 1128.
25. Larra, Artículos de costumbres, p. 273.
26. Larra, Artículos completos, p. 637.
27. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 226.
28. Ibid., p. 227.
29. Ibid., p. 103.
30. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 181.
31. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 90.
32. Larra, Artículos completos, p. 472.
33. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 125.

34. Larra, Artículos completos, p. 549.
35. Ibid., p. 476.
36. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 139.
37. Larra, Artículos de costumbres, p. 141.
38. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 119.
39. Larra, Artículos completos, p. 684.
40. Ibid., p. 560.
41. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 69.
42. Ibid., p. 70.
43. Ibid., p. 71.
44. Ibid., p. 72.
45. Larra, Artículos de costumbres, p. 22.
46. Larra, Artículos políticos y sociales, p. 54.
47. Larra, Artículos de costumbres, p. 170.
48. Enrique Piñeyro, El romanticismo en España, p. 351.
49. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 90.
50. Ibid., p. 93.
51. Carmen de Burgos, Figaro. p. 130.
52. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 270.
53. Lomba y Pedraja, Artículos de crítica literaria de Larra, --
p. XXIV.

LARRA REDIVIVO

Si el entierro de Larra fué un entierro "de Lope", también de mucha fama fué su resurrección. "En la tarde del trece de -- febrero de 1901, un grupo de jóvenes se dirigía por la calle de Alcalá abajo, desde la Puerta del Sol, en dirección a Atocha. -- Vestían estos mozos trajes de luto; iban cubiertos con sombreros de copa; llevaban en las manos ramitos de violetas..... Estos muchachos se encaminaban hacia el cementerio de San Nicolás donde estaba enterrado Fígaro. Llegados ante la tumba del escritor, depositaron en ella los ramitos de violetas, y uno de los -- jóvenes leyó un breve discurso en el que se enaltecía la memoria de Larra. --Maestro de la presente juventud es Mariano José de -- Larra--."(1) Este joven era Azorín. Los que formaban parte de la Generación del 98 acababan de desenterrar a Larra, muerto desde 1837. Los que le habían rendido al suicida un homenaje público, habían enterrado junto con el cadáver del escritor su obra -- literaria. Esos tomos encuadernados que cubrieron el féretro el trece de febrero de 1837 se quedaron sepultados con el hombre que los había escrito. Los contemporáneos de Larra pronto se olvidaron del periodista que había alcanzado tanto renombre durante su vida.

A principios del siglo XX unos escritores, entre ellos Pío-Baroja y Azorín, descubrieron en los artículos de Larra la tragedia de España. Era la misma que ellos estaban presenciando, la misma que les dolía y les preocupaba. Esto era lo que les atraía tanto. Esta afinidad de intereses en España y sus problemas explica la vuelta a Larra que se ha manifestado en el siglo actual. Un año después de esa visita a la tumba de Larra, los restos de Larra fueron trasladados al cementerio de San Justo, al Panteón de Hombres Ilustres. De nuevo Larra llegó a ser una figura im--portante en España. Larra había resucitado.

Los de la Generación del 98 descubrieron en Larra un maestro, un antecesor. Vieron un hombre del siglo XX, un profeta que a principios del siglo XIX había adivinado los problemas del siglo XX. Por eso, se apresuraron a marchar con él o más bien, a darle un lugar junto a ellos. Pero no alcanzaron a ver la figura completa de Larra. Se limitaron a comprender un pedazo. Resucitaron una parte de Larra--las ideas que coincidían con las suyas. Larra, el español del siglo XX, ha resucitado pero todavía falta resucitar a Larra, el español de todas las épocas. No es justo sacarlo de un sepulcro para volver a encerrarle dentro de la Generación del 98.

Nosotros en el siglo XX reclamamos para Larra un derecho que él reclamaba para sí en el siglo XIX, el derecho de no formar --- cuerpo común con nadie,(2) ni con la generación del 98, ni mucho menos con los costumbristas. No es nuestro propósito quitarles mérito a escritores como Ramón de Mesonero Romanos y Serafín Estébanez Calderón. Sin embargo, insistimos en que no es justo seguir viendo en Larra un escritor costumbrista a pesar de la cantidad de veces que Larra usa en su obra la expresión "escritores nosotros también de costumbres".(3) ¿Qué es lo que critica Larra en el Panorama Matritense de Mesonero Romanos? "En general, tiene cierta tinta pálida, hija acaso de la sobra de meditación o del temor de ofender, que hace su elogio, pero que priva a sus cuadros a veces de una animación también necesaria. Esta es la única tacha que podemos encontrarle; retrata más que pinta; defecto en verdad muy disculpable cuando se trata de retratar."(4) El costumbrista retrata. Ya hemos visto que Larra no sabe retratar. Sus ojos no ven todos los detalles; sólo captan los rasgos profundos que los ojos de los demás casi nunca perciben. No negamos que -- hay elementos costumbristas en la obra de Larra pero sí negamos que tengan la importancia que se les ha atribuído. En primer lu-

gar hay muy pocos. A veces por el título del artículo Larra se acerca al costumbrismo. Pero acercarse no es llegar. Larra suele desviarse del camino y apartarse del costumbrismo. Uno de los artículos que más lo demuestra es Modos de vivir que no dan de vivir, artículo en que el autor propone estudiar los "menudos-oficios". Este sería tema costumbrista en otros escritores pero en Larra no lo es. El principal de los menudos oficios, según Larra, es el de la traperera. La pluma del escritor pronto cambia a la traperera. Su gancho se transforma en guadaña y la traperera se vuelve viva imagen de la muerte porque "en ella vienen a nivelarse todas las jerarquías: en su cesto vienen a ser iguales como en el sepulcro, Cervantes y Avellaneda; allí, como en un cementerio, vienen a colocarse al lado los unos de los otros: los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda....."(5) Donde más se revela el propósito verdadero del autor es en esta frase. "Me he detenido, distinguiendo en mi descripción a la traperera entre todos los demás menudos oficios, porque realmente tiene una importancia que nadie le negará. Enlazada con el lujo y las apariencias mundanas por la parte del trapo, e íntimamente unida con las letras y la imprenta por la del papel, era difícil no destinarle algunos párrafos más!" (6) Este artículo es un estudio profundo de los seres humanos a través de los menudos oficios. Al llegar al último párrafo del artículo descubrimos que el más menudo de todos los oficios es el de escribir para el público. Es lo de siempre. En Larra el mundo se va reduciendo. El universo desaparece y vemos a España. -- Desaparece España y vemos a unos españoles. Siempre llega el punto en que todo el mundo, toda España, todos los españoles se concentran en Larra. Este carácter tan fuerte de Larra absorbe todo. Al mismo tiempo, lo absorbido se amolda a su personalidad. Es imposible que Larra sea el costumbrista que sólo observa. El predominio del yo, tan manifiesto en Larra, le separa de los costum---

bristas de su época. No encontramos en la obra de Larra el defecto que él critica en algunos costumbristas. Les reprocha su interés en lo superficial de las costumbres y su falta de interés en lo profundo. "Hay libro en este género que, pecando por esto, no es verdad más que el día que ve la luz; fundado sobre esa parte - de los usos y costumbres, condenada como el mar a un continuo flujo y reflujo, muere la obra con la (con la) costumbre que ha pintado y **con ella la reputación** del autor. De aquí tanta reputación-pasajera, que, no teniendo existencia propia, vive, como la oruga lo que dura la hoja de que se mantiene."(7) La obra de Larra tiene existencia propia; no vive de las costumbres de su época.

Aun reconociendo los elementos románticos en Larra, nos vemos obligados a apartarle también de los otros escritores románticos de su época. Larra es una figura romántica pero no deja de ser una figura solitaria dentro del romanticismo español.

Volviendo a la obra de Larra hallamos unas frases en que declara que "no son los coetáneos de una obra ni los críticos de -- periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca de la Humanidad; la posteridad sólo decide, y la sucesión de los tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal y si ha de abarcar el mundo."(8) - En efecto, los coetáneos de Larra no se dieron cuenta del gran valor literario de su obra. Afortunadamente, hoy día Larra empieza a alcanzar el puesto que merece entre los escritores clásicos.

Toda la obra de Larra, repetimos, se vuelve Larra. Su obra es su vida, sus pensamientos, sus sentimientos, sus ensueños, sus fracasos. Sin embargo, esto no limita el alcance de su obra. Al contrario, de lo muy personal vuelve a surgir lo universal.

Tiene razón Larra al declarar que el lenguaje del corazón y de las pasiones iguala a los hombres. No sólo iguala a los hombres sino que también iguala las épocas. Es lo que siempre se comprende; es lo único que nunca cambia. Es por esta razón que vemos en la tragedia de Larra, la tragedia de todos los hombres, y la de todas las épocas. Es una tragedia que nunca morirá. Con ella vivirá la obra de Larra.

Puesto que es la tragedia latente en la obra de Larra lo -- que le hace universal--esa tragedia que a veces no se ve pero -- que siempre se siente--es preciso que se vuelva a dar a su obra la unidad que esencialmente tiene y que tenía al salir de la pluma del escritor. La división de su obra en artículos de costumbres, artículos políticos, artículos sociales, artículos de crítica literaria ha perjudicado su valor. Ha dado una importancia innecesaria a elementos que tienen cierto valor documental pero que limitan la obra. Esta división ha exagerado el valor del -- marco hasta tal punto que muchos ni siquiera perciben el cuadro. El cuadro es la tragedia de Larra. Esto es lo vital, lo humano, lo invariable. Por lo tanto, se debería hacer una edición de la obra de Larra reuniendo sus artículos por orden cronológico. Es el único modo de ver, en toda su extensión, la tragedia del escritor. Tal colección le haría un gran servicio a Larra; sería resucitar la figura completa del escritor; sería darle vida al -- escritor clásico que pertenece a todas las épocas porque no es de ninguna; sería resucitar su obra, tan intensamente humana, -- que nunca dejará de conmover a los hombres sensibles.

NOTAS

1. Azorín, Rivas y Larra, p. 132.
2. Larra, Artículos completos, p. 842.
3. Larra, Artículos de crítica literaria, p. 225.
4. Ibid., p. 224.
5. Ibid., p. 247.
6. Ibid., p. 250.
7. Ibid., p. 215.
8. Ibid., p. 263.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS DE MARIANO JOSE DE LARRA

- Artículos escogidos, prólogo de Herrero Mayans, Buenos Aires, 1939.
- Larra, recopilación de Andrés González Blanco, prólogo de Alomar, - Madrid,
- Selected essays, edición de Caroline Bourland, Boston, 1932.
- Obras completas, Barcelona, 1886.
- Artículos de costumbres, prólogo de Azorín, Buenos Aires, 1948.
- El doncel de don Enrique el doliente, Barcelona.
- Artículos y poesías, Barcelona.
- Palabras de un creyente, Madrid, 1836.
- Artículos completos, prólogo de Almagro San Martín, Madrid, 1944.
- Artículos de costumbres, prólogo de Lomba y Pedraja, Madrid, 1942.
- Artículos de crítica literaria y artística, prólogo de Lomba y Pedraja, Madrid, 1940.
- Artículos políticos y sociales, prólogo de Lomba y Pedraja, Madrid 1942.

OBRAS DE CONSULTA

- Elizabeth McGuire, A study of the writings of Larra, University of California Publications in Modern Philology, Tomo VII, 1919.
- Carmen de Burgos (Colombine), Fíguro, Madrid, 1919.
- José Manuel Blecua, Escritores costumbristas, Zaragoza, 1946.
- Enrique Piñeyro, El romanticismo en España, New York, 1936.
- Guillermo Díaz Plaja, Introducción al estudio del romanticismo español, Madrid, 1942.
- José Zorrilla, Recuerdos del tiempo viejo, Tomo I, Madrid, 1880.
- Azorín, La voluntad, Barcelona, 1902.
- Azorín, Un discurso de la Cierva, Obras completas, Tomo III, Madrid, 1947.
- Fernando José de Larra, Mariano José de Larra. Biografía apasionada del doliente de España, Barcelona, 1944.

- Rafael Bautista Moreno, Larra, Madrid, 1951.
- Margarita Ucelay da Cal, Los españoles pintados por sí mismos, -- México, 1951.
- E. Allison Peers, A history of the romantic movement in Spain, -- Cambridge, 1940.
- W. S. Hendrix, Notes on Jouy's influence on Larra, *Romanic Review*, Tomo XI, 1920.
- Antonio Espina, Larra, *Revista de Occidente*, Tomo II, Madrid, 1923.
- José Díaz Fernández, El nuevo romanticismo, Madrid, 1930.
- Joaquín de Entrambasaguas, La determinación del romanticismo español y otras cosas, Barcelona, 1939.
- Ramón de Mesonero Romanos, Memorias de un setentón, Madrid, 1880.
- Salvador Madariaga, The genius of Spain, London, 1923.
- Benito Pérez Galdós, La estafeta romántica, Buenos Aires, 1943.
- F. Pi Margall, Historia de España en el siglo XIX, Barcelona, 1902.
- Clifford Montgomery, Early costumbrista writers in Spain, Philadelphia, 1931.
- F. Courtney Tarr, Larra's Duende Satírico, *Modern Philology*, Tomo XXVI, 1928.
- Narciso Alonso Cortés, Un dato para la biografía de Larra, *Boletín de la Real Academia Española*, Tomo II, 1915.
- Angel del Río, Historia de la literatura española, Tomo II, New -- York, 1948.
- Angel Valbuena Prat, Historia de la literatura española, Tomo II, -- Barcelona, 1937.
- Azorín, Rivas y Larra, Buenos Aires, 1947.
- Azorín, Lecturas españolas, Buenos Aires, 1941.
- Pío Baroja, Juventud, egolatría, Buenos Aires, 1949.
- Joaquín Casaldueiro, Vida y obra de Galdós, Buenos Aires, 1943.
- Antonio Espina, Ganivet, el hombre y la obra, Buenos Aires, 1944.
- Julio Casares, Crítica profana, Madrid, 1915.
- Ramón de Mesonero Romanos, Escenas matritenses, Buenos Aires, 1945.
- Serafín Estébanez Calderón, Escenas andaluzas, Buenos Aires, 1943.
- José Lomba y Pedraja, Cuatro estudios en torno a Larra, Madrid, -- 1936.
- André Romeau, Larra, poeta, *Bulletin Hispanique*, Tomo L, 1949.



11 OSOFLA



11 050F